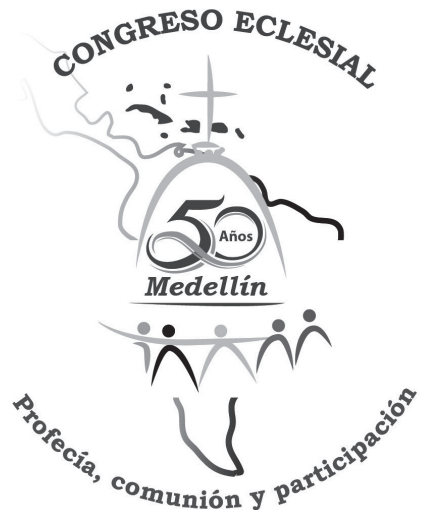


Pastoral de masas y pastoral de élites

Excmo. Mons.

LUIS EDUARDO HENRÍQUEZ.

*Obispo Auxiliar de Caracas
Presidente del Departamento
de Seminarios del CELAM*





PRIMERA PARTE

I - ACTIVIDAD EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

A - Actividad eclesial

La Iglesia obediente al mandato de Cristo y movida por el Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno, como sacramento de salvación para conducir a todos los hombres a la fe (AG, 5). Evangelizar es por tanto, testimoniar, comunicar nuestra fe; y no solamente nuestra fe individual, sino la fe de la Iglesia. Al anunciar nuestra fe, la anunciamos como un don, aceptado libremente; don que no tiene su fuente en nosotros, sino, no ha sido dado y que no cesamos de recibir. La iniciativa de Dios se traduce históricamente en la iniciativa de la Iglesia, que nos ha engendrado y nos hace crecer en la fe. La iniciativa de Dios pasa a nuestras vidas, por intermedio de la Iglesia, que nos precede siempre y sobre la que nos apoyamos¹.

B - Actividad católica dirigida a todos los hombres

Que la evangelización deba estar dirigida a todos los hombres, no significa que debe ser tan universal y genérica que cuadre a todos por igual. Al contrario, debe concretizarse para ser eficaz; porque para que una persona concreta se sienta llamada por el requerimiento divino, debe tomar conciencia de que esta llamada

¹ Cf. M. MASSARD: *“Les exigences de l’évangélisation”*, Parole et Mission, n. 41, Abril, 1968, pág. 215-16.

le concierne a ella personalmente, y así responder con la fe y la conversión.

Con esta concretización entramos en la dialéctica de la fidelidad y de la variabilidad, de la permanencia y de la adaptación: mensaje único e idéntico en todas partes, se proclama de modo diverso de acuerdo a las circunstancias (AG, 6).

A cada hombre, o grupo de hombres, este mensaje debe presentársele como la gracia de Dios que le llama, la salvación en Cristo que, de manera a su alcance, se le manifiesta de modo que también vea en ella la realización de sus aspiraciones más profundas.

Aquí nuestra tarea, pues, será: ¿Cómo encontrar criterio para una acción evangelizadora válida? Cómo llegar de un modo personal y efectivo al hombre latinoamericano en situaciones existenciales, culturales y religiosas tan diversas?².

No basta con afirmar que estamos ante una sociedad pluralista y en vías de secularización y aplicarnos las recetas que se han demostrado más o menos válidas en otras sociedades pluralistas. Nuestra situación concreta y específica, exige igualmente actividad apropiada y medios adecuados.

América Latina es un crisol de razas y un crisol de culturas; el elemento aborigen, el de color y el blanco han dado origen a un mestizaje racial y cultural en diversas proporciones; según los países; y así como no faltan elementos étnicos, aborígenes y blancos, más o menos puros; existen igualmente elementos culturales más o menos puros —europeos, de color y aborígenes— en un gran fondo de cultura mestiza.

Sería erróneo no incorporar a nuestro proceso cultural total los elementos valiosos de esas culturas o subculturas; pero sería igualmente erróneo y pernicioso el reaccionar contra el elemento cultural de origen europeo-occidental, elemento esencial de nuestra herencia y que es y ha sido el elemento más dinámico de nuestra cultura.

² Cf. Documento de Estudio n. 8 - Documento de Melgar n. 19



Además en todo planteamiento latinoamericano es menester considerar atentamente la proporción de los diversos elementos étnicos y culturales en nuestra cultura.

Esos mismos criterios deben aplicarse al juzgar los elementos religiosos de nuestra cultura.

Ante esta situación socio-religiosa multipluralista, donde existen sin embargo elementos religiosos válidos, pueden surgir dos reacciones ambiguas, por no decir equivocadas: o de rechazar en bloque todos los elementos cristianos, o quererlos conservar en bloque, concediéndoles una importancia desmedida.

En nuestra situación socio-religiosa multipluralista, existen elementos religiosos válidos que es menester conservar, purificar y aún elevar; junto a otros superados, de signo negativo que precisa desechar; y a otros, finalmente, que conservan cierto valor en el estadio cultural en que todavía se encuentran esos grupos étnicos, pero que perecerán irremediabilmente al incorporarse dichos grupos a la cultura y civilización nacionales. Por tanto, el problema es más difícil y requiere un estudio sereno y serio. Es necesario descubrir las motivaciones que dan origen a esas manifestaciones religiosas y ver a qué aspiraciones legítimas corresponden. Se precisa igualmente ver con lucidez el porqué ciertos elementos no podrán subsistir a nivel de la civilización que ya ha alcanzado el propio país. Solamente así podrán ser sustituidos por otros elementos válidos, que corresponden verdaderamente a esas motivaciones y aspiraciones, y podrán esos grupos integrarse armónicamente a la Iglesia y a la cultura y civilización de su país.

Para esta tarea nos dan criterios válidos las enseñanzas luminosas del Concilio.

La Iglesia “no sustrae a ningún pueblo bien temporal; sino todo lo contrario, todas las posibilidades y las riquezas y costumbres que revelan la idiosincrasia de cada pueblo, en lo que tienen de bueno, los favorece y hace suyos; pero al recibirlos los purifica, los fortalece y eleva” (LG, 13).

“La Iglesia Católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con verdadero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres”³.

Por consiguiente, de acuerdo a estas enseñanzas, la acción evangelizadora, deberá sortear los dos escollos, superar las dos posturas extremas: 1) La de rechazar en bloque los elementos religiosos de esas culturas y subculturas, con el pretexto de sus deficiencias o de los errores que encarnan; 2) Por errado nacionalismo, aceptar en bloque todos los elementos sin discernimiento. No se trata de hacer un museo antropológico o etnológico, sino incorporar vitalmente esos grupos étnicos y los elementos aun valiosos de su cultura, a la fe y a la nacionalidad. El discernimiento, pues, se impone; discernimiento que no está reñido con la simpatía humana y cultural.

La Iglesia con profunda simpatía, los asume; pero purificándolos, fortaleciéndolos y elevándolos.

C - Pastoral de masas

Por cierta paradoja, lo que se admite fácilmente de los grupos étnicos todavía no totalmente incorporados a la fe y a la civilización, al menos en la práctica, no se admite con igual facilidad con nuestras grandes masas católicas. So pretexto de que su fe es impura y mezclada de supersticiones, se rechazan, fácilmente, actitudes, usos y tradiciones, sin que haya precedido un verdadero estudio, equilibrado discernimiento y simpatía humana. Se declara su religiosidad condenada a desaparecer y no se trabaja en buscar sus elementos permanentemente valiosos, muchos de los cuales brotan de una fe no ilustrada pero sincera.

1. Iglesia de los pobres

“El Espíritu del Señor está sobre mí; por eso me ungió para anunciar la buena nueva a los pobres” (Lc 4,18). La Iglesia, como

³ Declaración sobre las religiones no cristianas, n. 2.



Cristo, ha recibido el Espíritu y ha sido enviada a comunicar el Evangelio a los pobres.

Hoy gustosamente se acentúa el sentido de la falta de bienes materiales, que lleva consigo la palabra pobre. Es decir, se repite que la Iglesia debe ser la Iglesia de los desprovistos de bienes de fortuna. Esto es verdadero, pero incompleto.

El “pobre” de la Escritura tiene un sentido más amplio y profundo; además de la falta de bienes materiales, connota un sentido de completa disponibilidad y entrega confiada en las manos de Dios. Es la actitud de Nuestra Señora en la Anunciación⁴.

En nuestra tarea pastoral creo que debemos interpretar “pobre” en un sentido más amplio; sin circunscribirnos exclusivamente en la falta de bienes materiales; incluyendo los que viven en un estado de pobreza religiosa y miseria espiritual, aun cuando no estén totalmente desprovistos de bienes de fortuna. La gran masa del pueblo cristiano⁵

En otras palabras: La Iglesia debe continuar siendo una Iglesia de masas, que cobija un gran pueblo, o condenarse a ser una secta de escogidos. Una Iglesia, cuyas instituciones den un sentido de pertenencia cristiana a una gran masa; no una Iglesia “confesante”, “iglesia de diáspora”, de grupos fervientes, perdidos en la inmensa masa arreligiosa.

Todavía en Europa se discuten y se continuarán a discutir ambos extremos. Pero, estimo, que no podemos trasladar simplemente problemas y soluciones europeos a nuestro campo latinoamericano. Para nosotros abandonar nuestras masas católicas sería un suicidio y una traición al Evangelio.

2. Principio de fenomenología de las agrupaciones sociales

Ante todo debemos tener muy presentes ciertos principios de sicología y fenomenología de las agrupaciones sociales.

⁴ Cf. GELIN: “*Les Pauvres de Yahvé*” - Ed. du Caf. París.

⁵ Cf. DANIELOU: “*Religion et civilization*” - Etudes, Marzo, 1967, pág. 418-431.



Al exponerlos, seguiré al R. P. Renato Poblete, en un artículo que me parece fundamental⁶.

Dentro de toda agrupación humana (partido político, organización sindical, institución religiosa), se distinguen “diversos sectores”, diferenciados por el modo como responden a los valores y normas que el grupo profesa.

Esta diversificación se realiza, dentro de una sociedad, de acuerdo al grado de integración de sus miembros.

a) Grupos de élite: activos, para los cuales los valores y objetivos de la sociedad tienen gran significado y prestigio; hay por consiguiente en ellos mayor interés y mayor participación activa. Para estos los valores son claros, las normas aceptadas, y las actitudes responden a esas normas.

b) Hay otros grupos más **pasivos**, cuyo interés por los valores de la sociedad no logra despertar en ellos una participación frecuente e intensa. Por ejemplo, miembros de agrupaciones políticas o sindicales que cotizan con más o menos regularidad y asisten a ciertas manifestaciones de sus asociaciones.

c) Y finalmente, **la masa**, que no ha alcanzado a ser socializada en profundidad, y sin embargo logra captar, al menos tenuemente, ciertos valores y normas, y tiene aptitudes y opiniones que varían tanto en su intensidad, como en el significado que se les atribuye. “Variaciones de intensidad que corresponden a las diversas maneras de captar el significado de los valores que la sociedad expresa” (Ibid. págs. 3 y 4).

La estructura de la sociedad, requiere la asistencia de ambos grupos (élite y masa); sin la masa la élite no podría desarrollar gran parte de sus actividades. Y aunque la masa no asimile totalmente los valores y normas de la sociedad, buscará expresar —masivamente— su solidaridad con los mismos.

Esta solidaridad y pertenencia social se expresa a través de las actitudes de la “masa”; que suelen ser:

⁶ “Religión de masa, religión de élite” - Rev. Mensaje, n. 144, Noviembre, 1965.



a) **Emocionales**, inspiradas en el amor a un individuo u objeto simbólico.

b) **De motivación compleja**, hacen más uso de slogans que del pensamiento racional; prefieren clisés y estereotipos al examen de los problemas y consideran toda oposición como herética o peligrosa.

c) Son **tradicionalistas**, con poca capacidad para asimilar rápidamente valores y aptitudes.

Para alcanzar, por tanto, sus objetivos, un grupo debe ir despertando poco a poco en sus miembros un sentido de solidaridad, de participación en una actividad común de identificación en una misma creencia (Ibid. pág. 4). Para que un grupo tenga éxito es menester que sus miembros tengan el sentido de pertenencia y compromiso personal con el grupo, que se identifiquen como miembros del mismo.

“Este grupo será eficaz en medio de la masa en la medida que se integre en los valores totales” (Ibid.).

Desde el punto de vista religioso, las masas constituyen lo que se podría llamar un “pueblo”, es decir, “un tipo de unidad más o menos organizada de carácter sagrado cuyos individuos, aunque no siempre plenamente conscientes de esta unidad, se sientan relacionados con alguna organización la Iglesia por ejemplo o compartiendo con otros un sentimiento común (Ibid.). Aquí es necesario recordar la distinción entre secta e Iglesia. La secta no tiene carácter universal, sino de grupo de elegidos, que han tenido y viven una experiencia religiosa más o menos homogénea. Con frecuencia es un grupo cerrado y agresivo.

La Iglesia, por el contrario, no es grupo cerrado y tiende a la comunicación universal de su programa; busca siempre la encarnación dentro del mundo y su cultura y acepta muchos de sus valores.

Debemos tener presente estas características para comprender la relación de Iglesia y “masas”.

Como Iglesia, lleva en su seno diversos grupos —de élite o de masa— que muestran diversos grados de asimilación de los valores religiosos, de acuerdo a la cual será su respuesta a esos mismos valores.

La pertenencia de la *masa* a una religión de tipo superior y más universal “está basada principalmente en valores más simples, más tradicionales, más gregarios, con características y vestigios de religiosidad primitivas” (Ibid. pág. 5). *La creencia popular* es la relación que tienen las masas con una religión superior y más universal, que comprenden y practican solo en parte y deforman en cierta medida, mezclándola con un patrimonio religioso ancestral” (Ibid.).

Las masas se mueven por instintos y sentimientos inconscientes y oscuros; fantásticamente crédulas apasionadas e intolerantes, aceptan o rechazan en bloque una doctrina. En el campo moral, al dificultárseles el hacer distinciones por sí mismas, necesitan de una dirección exterior que decida en su lugar (Ibid.).

La tradición ejerce sobre ellas un gran poder, aceptando por sagrado e inviolable lo que han recibido de sus antepasados. “En la creencia popular, existe la idea de un Dios lejano y una necesidad legítima de mediación”, de seres celestes, entre la omnipotencia divina y el hombre.

Muchos de estos elementos los encontrarnos en nuestras masas católicas.

3. *Nuestras masas católicas*

Estas viven en una arraigada fe en Dios, con un sentimiento de dependencia de Él, mezcla de temor y de confianza. “Dios, paradójicamente, es para el pobre un ser próximo al que se alude con frecuencia en la conversación y al que se recurre con gran fe; pero es al mismo tiempo, un ser lejano del que se espera recibir alguna cosa y al que se teme más que se ama, un Dios que hace milagros y castiga⁷.”

⁷ Cf. M. M. MARZAL: “*La religiosité du sous développement*” (Este artículo es un estudio del libro de Osear Lewis: “Los hijos de Sánchez”) - *Parole et Mission*, n. 39, Octubre, 1967, pág. 670.



Sin embargo, con mayor frecuencia la oración se dirige directamente a Nuestra Señora o a los Santos.

Religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones; religiosidad donde tiene gran importancia el recuerdo y el culto a los difuntos, especialmente de las Animas.

Religiosidad que encuadran los sacramentos del bautismo, la Primera Comunión, y los últimos Sacramentos; con menos frecuencia la confesión y el matrimonio. El no haber recibido bautismo se tiene como no haber llegado aún a la dimensión humana; y así la expresión “es como un animalito” referido al que todavía está sin bautismo. Aunque estos sacramentos tienen más consecuencias sociales (las del compadrazgo y padrinzgo por ejemplo), que verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana y en una vivencia de la fe más profunda.

La conducta moral deja bastante que desear, especial mente en lo que respecta al alcoholismo y la sexualidad; sus desarreglos se deben en gran parte a la falta del sentido del pecado, del que se tiene una idea muy vaga⁸.

Conservan sin embargo una enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas, especialmente de caridad. Con frecuencia llevan la mutua ayuda, la servicialidad hasta el sacrificio. Su fortaleza y aceptación del sacrificio, que no es sola resignación a menudo fatalista, sino se traduce en una generosidad sin límites para los que sufren o están necesitados de no importa qué ayuda⁹.

Religiosidad sentimental, turbia pero profunda y sincera, “en que los pobres encuentran gran consuelo y un sostén en los momentos difíciles de la vida”¹⁰.

Alienación, dirán algunos. En parte sí, y se debe purificar. Pero es preciso también reconocer los grandes valores humanos y religiosos que igualmente encierran. ¿En el mismo buscar a Dios como fuente de seguridad y de socorro, aunque materializado

⁸ Cf. MARZAL: Ibid.

⁹ Cf. Ibid. pág. 673-4.

¹⁰ Cf. Ibid. pág. 670.

y decaído, no palpita el sentimiento de inseguridad radical del hombre, como ser contingente, que por lo mismo debe abrirse a lo divino? En el hombre no hay sentimientos puros, sino sentimientos que se purifican.

Un cristianismo químicamente puro no existe, no ha existido quizás nunca, a no ser en algún ser excepcional como Nuestra Señora. En la misma fe esclarecida de nuestros cristianos fervientes, hay motivaciones inconscientes, muy humanas, pero no de pureza religiosa total.

Tampoco podemos abandonarla como algo irremediabilmente condenado a desaparecer por la secularidad. Son afirmaciones no probadas y que se fundan en una distinción entre fe y religión, distinción por otra parte de origen protestante, que no podemos aceptar en bloque¹¹.

No negamos los hechos y datos sociológicos pero no podemos admitir fácilmente su interpretación, que se funda en postulados muy discutibles. Se ha negado, y no sin razón, que la misma sociedad norteamericana sea una “ciudad secular” y afirmado que nada demuestra que se encamine hacia ella inevitablemente¹²; mucho menos sería aceptable en América Latina donde el proceso de secularización es más lento y donde se nos enrostra, con cierta frecuencia, de vivir una iglesia aún constantiniana.

El angelismo y el maniqueísmo son tentaciones que han acechado y no dejan de acechar a la Iglesia a lo largo de la historia, y la lección de esta es aleccionadora para nosotros.

Aún en la peor de las hipótesis, nuestra tarea, como Pastores de la Iglesia, es hoy anunciar el mensaje de la salvación de estas masas, presentándoselo de acuerdo a sus aspiraciones más profundas y legítimas. Nuestro deber es acercarnos con inmensa comprensión y simpatía a esa religiosidad para purificarla, fortalecerla y elevarla.

¹¹ Cf. RENE MARLE: “*Le christianisme a l’épreuve de la sécularization*”. Etudes, Tom. 328, Enero, 1968, pág. 62 y 63.

A. GEFFRE: “*La Critique de la Religion chez Barth et chez Bonhoeffer*”. Parole et Mission n. 31, Octubre, 1965, pág. 567 y 568.

¹² Cf. A. GREELEY: “*Diaspora or Pluralism*”, citado por. BISHOP: “*Les theologiens de la mort de Dieu*”, pág. 142.



4. Opción y dilema de la Iglesia

Como Iglesia organizada, y por ser “Iglesia” y no “secta”, tiende a ser universal y llegar a la conversión de todos los hombres, pero esta necesidad de expansión “diluye” un poco el mensaje primitivo, perdiéndose algo de lo espontáneo, informal y carismático. Es el precio de toda institucionalización. El movimiento dialéctico entre estas dos tendencias enmarca toda la historia de los grupos religiosos¹³, como lo atestigua la historia de la Iglesia Católica.

Volviendo a la fenomenología del grupo social, cualquier movimiento religioso muestra círculos concéntricos con diverso grado de profundidad de vivencia de los valores religiosos. 1) Círculo de discípulos, totalmente dedicados a la acción religiosa. 2) Círculo de menos activos, que hoy llamaríamos de “militantes”. 3) El círculo más extenso de los creyentes. 4) *La masa*, todavía abierta a la recepción del mensaje religioso.

La tentación de los discípulos es la radicalización de las exigencias religiosas y el de separarse del mundo, oponiéndose a una concepción más masiva de la Iglesia.

“En la medida en que una religión tiene principios más individualistas, le es más difícil satisfacer las necesidades comunitarias propias de toda masa”¹⁴.

Y “en la medida en que la masa ha carecido de una forma de expresión más popular de sus creencias, se acelera el proceso de la secularización de la cultura”¹⁵.

La multitud se ve imposibilitada de alcanzar su unión con la sobrenatural, cuando una religión carece de forma y de color (Ibid.).

De aquí que una religión llamada a ser universal e influir en todos los hombres, no puede llegar a serlo prescindiendo de las creencias populares y adoptando las formas propias de los círculos de elegidos. Debe abrirse a las masas y mantenerlas dentro de su organización e influencia, y para ello no puede dejar de tener en

¹³ Cf. POBLETE, Ibid. pág. 6.

¹⁴ Cf. POBLETE, Ibid.

¹⁵ Cf. POBLETE, Ibid.

sus objetivos la asimilación de las creencias populares primitivas, rectificándolas cuando fuere necesario. El rechazo de estos valores solo haría que las masas abandonen la Iglesia.

“Cuando el hombre no tiene este marco de referencia religiosa, se separa poco a poco buscando otro tipo de satisfacción en sus tendencias religiosas primitivas en objetos nuevos y profanos sin relación a lo divino”¹⁶.

5. Aplicaciones pastorales

Hay que tener presente, ante todo, que la Iglesia, llamada a ser sacramento de salvación para todos los hombres, no podrá ser jamás “una secta”; sino que cobijará necesariamente grupos de personas que vivirán los valores cristianos en diversa intensidad. Es menester trabajar para que de la masa pasen los más posibles a los grupos creyentes o militantes; pero no lograremos nunca que la masa deje de ser masa religiosamente. Siempre será una realidad —como ha sido hasta ahora en la historia de la Iglesia— que solo una minoría —más o menos numerosa— asumirá el compromiso total.

En su catolicidad, la Iglesia debe asumir para purificarlos, fortalecerlos y elevarlos *todos los valores culturales y religiosos válidos* (LG, 13).

Hacerlos católicos, “convertirlos”, y como toda conversión es dialéctica, en un sí y un no. Un “sí” al llamado de Dios; un “no” a lo que nos aparta de Él. Un “sí” a todo lo verdaderamente humano y asimilable a la fe y a la vida eclesial; un “no” a lo que en ellos oscurece a la fe o a la vida cristiana. Esta ha sido la actitud constante de la Iglesia, a través de la historia; y la evangelización de América Latina es testigo y fruto de esta acción dialéctica. El Verbo, al encarnarse, asumió todo lo humano, excepto el pecado.

La Historia de la Salvación nos testifica la benignidad y condescendencia de Dios, al revelarse de acuerdo a la posibilidad de comprensión y de sentir del hombre en un estado cultural determinado.

¹⁶ CE. POBLETE, *Ibid.*



Ciertamente, los sentimientos, imágenes, ritos y expresiones religiosas del hombre “natural” son “impuros” y la religión de Cristo debe purificarlos. “Pero a todos aquellos que, tentados con la añoranza de una absoluta pureza del cristianismo, quisieran reconocer como miembros de la Iglesia únicamente a un grupo de “elegidos”, se les podría preguntar: ¿qué es el cristianismo puro? El hombre no experimenta lo religioso en el vacío, sino en un contexto sociocultural determinado y a partir de una personalidad dada” ...¿“Existe una motivación “puramente” religiosa? ¿No es un angelismo despreciar o ignorar el hecho de que la motivación que encamina al hombre hacia Dios es sumamente compleja? Y si esto es así, por qué despreciar sin más y a priori las expresiones religiosas y creencias populares? En la abertura a lo transmundano ¿qué se advierte en esos ritos o acciones religiosas populares? Es imposible descubrir una abertura hacia el Dios de Jesucristo y una preparación para escoger el anuncio evangélico. ¿qué habrá de purificar esos deseos confusos y llevarlos a un cumplimiento insospechado?”¹⁷.

La Iglesia de América Latina tiene en su seno millones de católicos, la gran mayoría de sus hijos, que constituyen una “gran masa”; católicos, con sus virtudes y defectos, limitaciones y posibilidades.

Hasta ahora no se ha hecho un estudio serio, científico y lo más amplio posible acerca de su religiosidad. No podemos mirarla simplemente como cizaña que crece entre el trigo de la fe y condenarla de antemano al fuego; ni como expresiones religiosas de masas subdesarrolladas, epifenómeno de las condiciones socioeconómicas, que desaparecerán con el progreso. Las manifestaciones pasan con los cambios sociales; pero las motivaciones, enraizadas en el trasfondo humano, permanecen.

Es, pues, necesario, purificar y elevar todo lo que existe de bueno y válido en la religiosidad de las masas, a fin de utilizarlo en la vida cristiana y el culto.

Trabajo pastoral arduo, “porque tratar de descubrir la abertura hacia Cristo que se encuentra en la religiosidad popular supone un largo trabajo de entendimiento y comprensión; de tanteos, quizás

¹⁷ POBLETE, *Ibid.* pág. 8.

también de concesiones hechas al ritmo lento del pueblo; supone también lucidez y firmeza para purificar todo aquello que no puede llegar a ser cristianismo”¹⁸.

En este estudio de pastoral de masas, debemos tener presente dos hechos:

1. Que muchas de esas manifestaciones religiosas corresponden a motivaciones profundas y permanentes en el hombre;
2. Que el avance de la civilización técnica, con el fenómeno consiguiente de secularización, hará cambiar o desaparecer muchas de esas manifestaciones.

Por eso hay que ir hasta su raíz, conocer lo que es permanente y válido para preservarlo y elevarlo.

Pero mientras no tengamos estudios serios y juicios seguros, nuestra actitud no debe ser iconoclasta, sin prudentemente conservadora. Conservar, al menos provisionalmente, lo que no sea mágico y supersticioso o desviado religiosamente.

Evitar el angelismo o un descarnado espiritualismo que no tendrá resonancia en las masas; como igualmente los cambios demasiado rápidos y bruscos que no podrían seguir.

6. *Fenómeno de secularización de las masas*

El segundo hecho es el de la secularización que acompaña el avance de la civilización técnica, y que ya empezamos a sentir en las masas de nuestras grandes ciudades. Aquí el problema es más difícil: cómo encontrar expresiones legítimas y válidas de lo sagrado y de lo religioso que corresponda a las inspiraciones profundas y mentalidad del hombre secularizado¹⁹. Se han insinuado muchas soluciones tanto en el campo protestante como en el católico; pero hasta ahora ninguna satisfactoria.

¹⁸ POBLETE, *Ibid.*, pág. 8.

¹⁹ DANIELOU: *Ibid.*, pág. 71 y ss.



La secularización es distinta del secularismo —que es una visión cerrada del mundo que excluye a priori lo religioso y sagrado—. En lo que la secularización tiene de legítimo y válido, a la afirmación de la propia consistencia y valor de las realidades terrenas, sirve para purificar la religión de adherencias supersticiosas y a la Iglesia de estructuras socioculturales caducas. Debemos, pues, encararla con sentido de la historia, con serenidad y sin derrotismos.

Debemos igualmente tener presente que pluralismo y secularización no son sinónimos; puede darse una sociedad religiosamente pluralista y poco secularizada.

Finalmente, que la influencia de la secularización es muy variable en las diferentes áreas, urbanas y rurales, al igual que en los diferentes países. No se pueden adoptar soluciones generales, ni trasladar una solución que se muestre válida en un área determinada a otra área diferente.

Tampoco debemos admitir, aun cuando no carezca de cierta parte de verdad; la distinción entre fe y religión, venida del campo protestante y que goza de popularidad entre ciertos escritores católicos.

Y mucho menos podemos convertirla en criterio válido en pastoral. No es admisible simplemente la afirmación de que lo religioso es solo un acto parcial, que no abarca toda la vida, sino da solo una parte a Dios; en cambio la fe es un acto total, que abarca toda la vida²⁰. Porque la raíz de la religión está en el sentido de nuestra dependencia radical, como ser contingente y transitorio, del Absoluto: Dios. De este sentido de dependencia y transitoriedad brotan los sentimientos de adoración, de súplica, confianza y hasta temor. Sentimientos muchas veces turbios, pero radicalmente sanos. Por otra parte, la adhesión de la fe, si no la consideramos en teoría, sino vivida concretamente por los hombres, encontramos que no en todos tiene este absoluto dominio, sino que su vivencia admite grados de intensidad y de amplitud.

²⁰ GEFRE: *“La critique de la religion chez Barth et chez Bonhoeffer”*. Parole et Mission, n. 51, pág. 581 y ss.

La práctica de la Iglesia, a lo largo de su historia, en su evangelización y catequesis, ha sido de integración, no separación de fe y religión.

Trasladar planteamientos del campo protestante a la vida y pastoral católicos puede ser peligroso y estridente, es como tocar en clave de sol una partitura escrita en clave de fa.

Igualmente hay que plantearse la cuestión: la adhesión y el compromiso religiosos, nunca será total en las grandes masas.

Podemos despertarles un sentido de pertenencia a la Iglesia, de vivencia de los valores cristianos más vivos; pero no podemos aplicar métodos pastorales aptos para élites fervientes y militantes, a las grandes masas. Seamos realistas, las exigencias totales del cristianismo no serán vividas íntegramente por las grandes masas, como sucedió aún en la primitiva Iglesia.

Pero esto nos debe acicatear para trabajar para que de esta masa pase el mayor número posible a los grupos de más compromiso y adhesión; para darles todo lo necesario y vital a fin de que puedan vivir y salvarse como Pueblo de Dios²¹.

7. *Proceso de descristianización, problemática pastoral*

Dentro del conglomerado latinoamericano, junto a la gran masa que aún conserva la creencia cristiana, cierta práctica cultural o sacramental y, en menor escala, algunas normas morales de raíz cristiana; se encuentran igualmente masas descristianizadas, en grado e intensidad diversos, como también grupos irreligiosos o ateos.

Al somero examen salta a la vista la heterogeneidad de esos grupos y la diversidad de las motivaciones de su descristianización (espiritismo por ejemplo) o de su irreligiosidad.

²¹ Acerca de la secularización, Cf. también: RENE MARLE: "*Le christia nisme á l'épreuve de la secularización*". Etudes, Tom. 328, Enero, 1968, págs. 62-80. RENE MARLE: "*La cité séculier*" - Etudes, Julio-Agosto, 1966. RENE MA,R· LE: "*Dietrich Bonhoeffer*" Civiltá_ Católica (Quar. 2793), 5 noviembre 1966, Pág. 215y ss. RENE MARLE: "*Cristianesimo e secolanzazwne* Civiltá Católica (Quar. 2821), 6 de Enero, 1968, pág. 34 y ss. G. Morel: "*Contresens sur le mort Dieu*" - Etudes, Noviembre, 1966, pág. 500 y ss.



¿Qué valor tiene para estos grupos el mensaje de la salvación? ¿Es todavía válido para el hombre moderno, habitante de la tecnópolis secularizada, que piensa muy poco en Dios, atareado como está en construirse un mundo nuevo, o en derribar por la acción revolucionaria las estructuras sociales que estima caducas?

¿Qué significa Jesucristo para el mundo moderno? ¿Es el Señor, el Revelador del Padre?²².

Nuestra fe nos atestigua que Jesucristo es y será el Salvador de todos los hombres y Señor del mundo.

Sin embargo no faltan respuestas, aún en el campo católico, alarmantes por su ambigüedad. Sí, responden, pero siempre y cuando se interprete su ser y su mensaje de acuerdo a la mentalidad del hombre moderno arreligioso, para quien Jesús es el modelo y paradigma de lo humano, que nos trajo un mensaje de verdadera y universal fraternidad y nos incita a la construcción de un mundo mejor. Para que su mensaje cobre sentido es menester desmitologizarlo, traducirlo de modo que sintonice y refleje las aspiraciones reales del hombre de hoy.

No se trata solamente, de un problema de hermenéutica, sino también de acción y de vivencia; no es solo cuestión doctrinal, sino igualmente de actividad práctica. Lo que importa hoy —se afirma— no es la salvación personal sino la autenticidad del compromiso cristiano para con los hombres²³.

Es lo que ha llamado el Padre Schillebeeckx “la herejía de la horizontalidad”²⁴.

Partiendo de algunas verdades fundamentales: de la Encarnación, de que no tenemos acceso al Padre sino a través de la humanidad de Cristo, de que solo su mensaje hace posible

²² ¿“Cómo Cristo podrá llegar a ser el Señor de los irreligiosos? ¿Para un obrero, para un hombre sin religión que significan una Iglesia, una parroquia, una predicación una liturgia una vida cristiana en un mundo sin religión? (BONHOEFFER: carta del 30 de Abril de 1944. “*Resistance et Soumission*”, pág. 122).

²³ Cf. BONHOEFFER: “*Resistance et Sourmission*” 2, Ed. Labor et Fides, Geneve, pág. 123-125.

²⁴ Citado por J. BISHOP: “*Les theologiens de la mort de Dieu*”, pág. 25.

al hombre el acceso a su verdadera e integral plenitud humana, de que el amor de Dios no es verdadero si no conduce también al amor del prójimo (1Jo Passim); se acentúan unilateralmente y se olvida la tensión dialéctica entre lo divino y humano, la trascendencia y la encarnación y, en vez de buscar una síntesis armónica, se hace caer todo el peso de la afirmación en lo mero humano.

Así se plantea la salvación como simple quehacer humano en pro de la fraternidad y del progreso. Jesucristo no se expresa como el Hijo de Dios encarnado; sino como la pasión del ser humano, llevada hasta el extremo; nada nos aporta, de parte de Dios, sino nos invita a un humanismo pleno, nos revela la envergadura del hombre y la amplitud divina de lo que es ser hombre. Y en este sentido lo aporta todo²⁵.

No hay comunión con Dios más allá de la comunión humana; Jesucristo nos anuncia la comunión humana realizada en su totalidad (Ibid.).

La Iglesia no debe ser sino pura y simplemente el catalizador de la unidad del mundo²⁶.

La labor de la Iglesia es discernir la voluntad de Dios en el mundo y unirse a su trabajo. La vida de la Iglesia está definida y forjada por lo que Dios está haciendo ahora²⁷.

Esta acción divina se nos revela en el fenómeno hoy más claro y universal : el cambio social (Ibid.); por tanto la Iglesia para ser “vanguardia de Dios” debe llevar a cabo en su seno una auténtica revolución cristiana²⁸.

La ciudad secular, la tecnópolis, es presentada como una concretización viable del símbolo del Reino de Dios; es menester, pues concebir el Reino de Dios en términos de teología política²⁹.

²⁵ T. J. CARDONNEL: en Jossua: “*Christianisme horizontal ou vertical?*” Parole et Mission, n. 41, pág. 245-47.

²⁶ Ibid., pág. 246.

²⁷ H. COX: “*La ciudad secular*”, cap. V, pág. 127 - Ediciones Península, Barcelona, 1, Ed., 1968.

²⁸ Ib. Cap. VI.

²⁹ H. COX: _Ibid., pág. 132-143.



“La lectura de ciertas publicaciones —escribe el P. Schillebeeckx da la impresión que el cristianismo implícito deba ser el ideal de la religiosidad auténtica, es decir, un cristianismo que es el núcleo religioso anónimo que se encuentra en el compromiso desinteresado para con los otros y la construcción del mundo”³⁰.

Lo mínimo que podemos decir de todo es que, se hacen planteamientos sumamente ambiguos, en los que parece desconocerse la existencia de lo sobrenatural que no esté implicado en lo humano; rechazarse todo sobrenatural que haya sido dado graciosamente por Dios y no sea exigencia de la creación misma³¹.

De una intención infinitamente verdadera —escribe Congar — de que el cristianismo debe ser vivido en una relación verdadera con el mundo y los hombres, hay el peligro de pasar a la afirmación de que el cristianismo es eso, o aún más, que no es sino eso³².

Si separamos a Cristo del Padre, haciéndolo solamente revelador de la plenitud humana, de la verdadera comunión y fraternidad humana, ¿qué nos queda de Jesucristo? Un nuevo ídolo, el ídolo de una religiosidad profana resultante de la secularización del cristianismo. Sin Dios no puede haber acceso al Jesús verdadero³³.

Nos quedaría un cristianismo sin figura propia; algo que sería la negación del cristianismo³⁴. El cristianismo es la irrupción de Dios en la historia humana. Sin la referencia a Dios, sin la dimensión vertical que nos ha aportado la muerte y resurrección de Cristo el cristianismo está vacío de sentido.

Ideas y planteamientos no nacidos en nuestro medio, pero tienen sin embargo amplio eco entre nosotros, especialmente entre los jóvenes. Se insinúan en artículos de revistas y se expresan en ciertas posiciones prácticas; se asoma en cierto desinterés por las tareas netamente apostólicas y espirituales; en cierta tendencia de vaciar la liturgia de todo sentido de lo sagrado; en cierta angustia

³⁰ Cit. por J. BISHOP: “*Les theologiens de la mort de Dieu*” - Ed. du Cerf., 1967, pág. 53

³¹ CONGAR en Jossua: “*Christianisme horizontal ou vertical?*” - Parole et Mission, n. 41, pág. 252.

³² CONGAR: “*Ou va-t-on?*” I.C.I., n. 286, pág. 28.

³³ J. BISHOP: “*Les theologiens de la mort de Dieu*”, pág. 98.

³⁴ RENE MARLE: “*Le christianisme á l’épreuve de la secularization*”. Etudes, Tom. 328, Enero de 1968, pág. 78.

existencial de no pocos sacerdotes, en la inseguridad en su razón de ser y existir; oscurecida la dimensión vertical hacia Dios y Cristo, no encuentran con facilidad su lugar, como sacerdotes en la horizontalidad total.

No es admisible en el hombre una dualidad neta entre espiritual y temporal que lleve a la separación; pero la distinción entre ambos es fundamental y la primacía de lo espiritual continúa siempre válida. ·

El peligro para los cristianos de América Latina es, ante la tarea inmensa de edificar un mundo más justo e impulsar un progreso humano, olvidar la dimensión espiritual de su quehacer e ingente tarea. Ciertas posturas nos insinúan este peligro.

Pero la misión de la Iglesia (jerarquía y laicado) no puede reducirse pura y simplemente a una tarea política, aún aceptada esta en el sentido de la construcción de la ciudad terrestre y secular.

La teología no puede convertirse en mera antropología, la pastoral reducirse a la política, el apostolado centrarse en la revolución³⁵.

³⁵ Ya redactada esta ponencia, llegó a mi conocimiento la alocución del Sumo Pontífice, en la Audiencia General publicada por el "Osservatore Romano", del 11 de julio de 1968, donde S. S. tiene directas referencias al tema que nos ocupa: "Diremos más bien una palabra, una sola y rápida, sobre el otro fenómeno que tiene lugar también en los ambientes que se consideran religiosos y cristianos: el fenómeno de la religión antropocéntrica, es decir, orientada hacia, el hombre como su principal objeto de interés, mientras que la religión debe ser, por su naturaleza, teocéntrica, es decir, orientada hacia Dios, como su primer principio y último fin (Cf. S. Tomás, II-II,82), y después hacia el hombre considerado, buscado, amado en función de su origen divino y de sus relaciones y deberes que de aquel derivan. Se ha hablado de religión vertical y de religión horizontal; esta segunda, filantrópica y social, es la que prevalece hoy en el que no tenga la visión soberana del orden ontológico, es decir, real y objetivo de la religión. Queremos acaso negar la importancia y la fuerza que la fe católica atribuye al interés ¿que se debe al hombre? En absoluto no. Ni tampoco queremos atenuar ese interés que para nosotros, cristianos, debe ser en sumo grado y continuamente obligatorio: bien, recordamos que seremos juzgados según el amor efectivo que habremos tenido a nuestro prójimo, especialmente al necesitado, al que sufre, al que está caído (Cf. Mt 25,31 y ss.). No tenemos ninguna reserva que hacer en este punto. Pero debemos recordar siempre que el principio del amor del prójimo es el amor de Dios. Quien olvidase la razón por la cual debemos llamarnos hermanos de los hombres, a saber, la común paternidad de Dios, podría, en un momento dado, olvidarse de los deberes gravísimos de tal fraternidad, y podría descubrir en el propio semejante, no ya a un hermano suyo, sino a un extraño, un rival, un enemigo. Dar en la religión la primacía a la tendencia humanitaria lleva el peligro de transformar la teología en sociología y olvidar



Sin embargo, nosotros pastores de la Iglesia debemos considerar con atención el porqué de esos planteamientos y qué problemas encierran en su fondo.

Hay ciertamente, como dije, un problema de hermenéutica, cuya gravedad no escapa a nadie y al cual se le han dado soluciones unilaterales y apresuradas. Estamos ciertamente ante el problema de cómo traducir sin *infidelidad* el mensaje cristiano a un mundo que habla un lenguaje diverso del que nosotros hemos usado hasta ahora, a un mundo que pierde cada vez más el sentido de lo divino. Cómo llegar, *siendo totalmente fieles a la Palabra de Dios* como se nos propone infaliblemente en la Iglesia, hasta las aspiraciones más profundas del hombre moderno y tocar hasta el trasfondo de las motivaciones reales de su conducta³⁶.

Pero no es solamente, como advertí antes, problema de hermenéutica, late aquí además el problema de la existencia cristiana en un mundo pluralista, desacralizado y cada vez más arreligioso; el del quehacer cristiano en un mundo de cambios rápidos y violentos y el de las exigencias de un trabajo común con todos los hombres de buena voluntad, aunque no creyentes, para construir un mundo mejor y más humano.

la fundamental jerarquía de los seres y valores: "Yo soy el Señor tu Dios no tendrás otro Dios fuera de mí" (Cf. Ex 20,1 y ss.); así en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo, Cristo nos enseña: "Ama a Dios ... este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt 22,37,39). "Y no se debe olvidar que la primacía concedida al interés sociológico sobre el teológico propiamente dicho puede dar lugar a otro inconveniente peligroso, que consiste en adaptar la doctrina de la Iglesia a criterios humanos, postergando los criterios intangibles de la revelación y del magisterio oficial eclesiástico. Que el celo pastoral conceda preferencia práctica a la consideración de las necesidades humanas, frecuentemente tan graves y tan urgentes, se puede admitir y aconsejar, siempre que tal consideración no comporte una devaluación y una degradación de la preeminencia y de la autenticidad de la ortodoxia. "La fe aceptada y practicada, no es una evasión de los deberes de la caridad y de las grandes y urgentes necesidades del orden social; por el contrario, es su inspiración y su fuerza. Es también el remedio contra la tentación de caer en el temporalismo, esto es, en el predominio de los intereses temporales, del cual la religión debería verse libre hoy más que nunca, y contra la otra tentación más grave de querer instaurar un orden social sin la caridad, sino con la violencia sustituyendo con un dominio prepotente y egoísta otro considerado como inservible e injusto".

"Una moral sin Dios, un cristianismo sin Cristo y sin su Iglesia, un humanismo sin el auténtico concepto del hombre, no nos conduce a buen fin" (Ecclesia, Madrid, n. 1399, 20 de julio de 1968).

³⁶ K. RAHNER: "El problema de la desmitologización y la predicación". Concilium, 33, pág. 374-394. Cf. También: RENE MARLE: "Le dogme dans la foi". Etudes, Enero, 1967, pág. 8-22.



¿Cuál será el papel de la Iglesia? ¿Deberá de tal modo encarnarse hasta llegar a la kenosis y desaparecer prácticamente como institución? O, para salvar al mundo y como principio de la propia renovación, deberá conservar, dentro de su misma encarnación, un sentido muy vivo de su trascendencia para ser “signo y sacramento” de la presencia de Dios en el mundo?

El hondo problema que, en el orden de las esencias, se planteó a la Iglesia en Calcedonia, hoy se nos replantea en el orden de la existencia.

Los hechos son reales; aunque la interpretación que han recibido sea unilateral y su solución total, inaceptable. El aumento de irreligiosidad en crecientes núcleos de nuestra población debe hacernos examinar con cuidadosa atención los planteamientos de un Bonhoeffer, por ejemplo, y de un Harvey Cox, para encontrar lo que tiene de válido. Su problemática no es totalmente igual a la nuestra; pero en el fondo hay un problema universal que es menester encarar si queremos asentar criterios válidos para nuestra pastoral en un mundo descristianizado.

D. Métodos y medios pastorales

El Concilio (AG, 11) nos presenta en primer lugar el **testimonio de vida y el diálogo**.

1. Testimonio de vida

Si la evangelización es interpelación personal, llamado de Dios a la salvación a través de la Iglesia, a un encuentro con Cristo y Dios, que tenga eco en las aspiraciones profundas de la persona interpelada, esta para poder responder con la fe, debe tener certeza de la autenticidad y veracidad de ese anuncio, es decir, se requieren los signos de credibilidad y credendidad. Es menester presentar esa fe vivida, como se encarna no solo en la persona del evangelizador, sino igualmente en la comunidad eclesial. El mal ejemplo de los cristianos aparta a los hombres de Jesucristo; se requiere el ejemplo de las virtudes cristianas para atraerlos al Señor. El Concilio nos dice que todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a este testimonio. Testimonio de la comunidad eclesial como tal.



Testimonio además que se expresa en obras de colaboración, aprecio y caridad con los miembros del grupo humano en que viven, en la presencia actuante de la caridad.

Por tanto el Concilio exige tanto de los cristianos, como de la Iglesia como institución, una imagen límpida. La claridad de Cristo debe resplandecer en ella de modo de presentarse a todos los hombres como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (AG, 1).

Testimonio de caridad, de colaboración, de presencia cristiana en los trabajos, angustias y luchas de los hombres.

Aunque no creo necesario detenernos en esto, pues será tratado en otras ponencias; sería necesario, sin embargo, en las comisiones y subcomisiones respectivas, estudiar con serenidad y firmeza qué cosas empañan en la Iglesia (jerarquía y laicado) la limpidez de su testimonio ante el hombre latinoamericano de hoy.

2. *Diálogo*³⁷

Consciente de su ser y de lo que el Señor quiere que sea para el mundo —signo e instrumento de salvación— “la Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje, la Iglesia se hace coloquio”³⁸

A más de la irradiación del testimonio de vida, de la fe vivida, la Iglesia debe hacerse palabra para comunicar su mensaje; pero no palabra polémica, e impositiva, hiriente u ofensiva, sino mansa, prudente, clara y llena de confianza³⁹; se hace coloquio y diálogo comprensivo y sincero, “cuyo clima es la amistad; más aún, el servicio”⁴⁰.

³⁷ PABLO VI: Cf. *Ecclesiam Suam*, III parte. CONCILIO VATICANO II: *Gaudium et Spes*, n. 40 y ss. n. 92 - Con todos, católicos hermanos separados, no cristianos, no creyentes. n. 21 - Con creyentes y no creyentes. n. 90 - En la comunidad internacional. n. 28 - Con los que sienten y obran de distinto modo en materia social, política o religiosa. Cf. También nos. 23,25,28,43,58,85. Dec. *Christus Dominus*: Los Obispos con todos los hombres. Diálogo ordenado a la salvación ... *Ad Gentes*: nos. 11 y 34. Dec. *Nostra Aetate*, n. 2 (con religiosos y culturas no cristianas). n. 4 con los judíos. Dec. *Dignitatis Humanae*, n. 3. Preparación para el diálogo. *Ad Gentes*, n. 41. *Apostolicam Actuositatem*, nos. 29 y 31. *Optatam Totius*, n. 19 (seminaristas). *Presbyterorum Ordinis*, n. 19 (sacerdotes).

³⁸ PABLO VI, *Ecclesiam Suam*, part. III, n. 60.

³⁹ PABLO VI: *Ecclesiam Suam*, n. 75.

⁴⁰ *Ibid.*, n. 80.

El diálogo es comunicación personal. Se establece entre dos personas que es menester tengan conciencia de su personalidad, de su propio ser, con sus valores y limitaciones. La propia conciencia de sí es condición necesaria e imprescindible para todo diálogo verdadero.

El diálogo es relación entre el tú y yo. Dice, por una parte, distinción necesaria, y por otra, una relación de simpatía y comprensión.

Diálogo es comunicación; por tanto, conocimiento de lo que se tiene y se puede o se debe comunicar, y del modo como se puede comunicar para hacerlo receptivo.

Al entablar un diálogo en nombre de la Iglesia es menester tener una conciencia clara y firme del mismo ser de la Iglesia y de las exigencias de la verdad revelada; “no puede, pues, traducirse en una atenuación o en una merma de la verdad. . . no puede ser debilidad respecto al compromiso que tenemos con nuestra fe”⁴¹.

Dice distinción necesaria, aunque no separación y ruptura con los que dialogamos. Conciencia del ser único de la Iglesia, encarnado y trascendente; conciencia de que la Iglesia es depositaria de la verdad revelada. Poseedora, no de una aproximación a la verdad, sino de la verdad misma, aunque no lleguemos a tener de ella una comprensión total en esta vida y siempre, por tanto, pueda darse un crecimiento y mayor penetración en el conocimiento de la verdad poseída⁴². Solo el que es plenamente fiel a la verdad revelada en la Iglesia y propuesta infaliblemente por ella, es capaz de entablar un diálogo verdadero y eficaz.

El diálogo es comunicación. Debe ser comprensible, hacerse claro y diáfano. Precisa buscar las formas adecuadas de comunicación⁴³. Pero es igualmente comunicación de la otra parte, del interlocutor. Se requiere por tanto receptividad, comprensión y simpatía; pero, al mismo tiempo, discernimiento entre lo verdadero y lo falso. Saber encontrar la piedra preciosa; pero sabiéndola purificar de la escoria.

⁴¹ Ibid., n. 81.

⁴² Cf. *Dei Verbum*, n. 8.

⁴³ Cf. “*Ecclesiam Suam*”, n. 79.



Finalmente, no se debe olvidar de que se entabla un diálogo para comunicar, en nombre de Cristo, el mensaje de la salvación. Excluye por tanto las conversaciones fútiles que de nada aprovechan al otro. La finalidad es el provecho espiritual de nuestro interlocutor; de disponerlo, respetando plenamente su dignidad y su libertad, para una apertura al llamado de Dios. Los caminos del Señor son imprevisibles y es libre la respuesta del hombre a Dios; pero esto no obsta para que el que entabla este diálogo sea el “del que siente dentro de sí el mandato apostólico, de quien advierte que no puede ya separar la propia salvación de la búsqueda de los demás⁴⁴”, del que se afana continuamente por colocar el mensaje del que es depositario en la corriente del pensamiento humano⁴⁵.

3. Predicación⁴⁶

La evangelización comporta :

El anuncio de salvación o *predicación misionera y la catequesis* o consolidación de la fe y de la conversión, dentro de la comunidad eclesial. La evangelización y catequesis deben conducir a formar, por la Palabra y los Sacramentos, a una comunidad cristiana que sea expresión de la presencia de Dios en el mundo.

La fe es adhesión personal a Cristo, obediencia a Dios que se revela, entrega sincera y total a Él, homenaje total del entendimiento y de la voluntad, asintiendo a Dios que se revela⁴⁷.

Aunque la fe inicial es encuentro de personas, contacto y entrega personal a la persona de Cristo, y como todo primer encuentro no conlleva un conocimiento explícito de todo el ser de la persona que se conoce; sin embargo, al menos implícitamente, lleva consigo la aceptación del misterio total de Cristo, con todas las

⁴⁴ “*Ecclesiam Suam*”, n. 74.

⁴⁵ Para la práctica del diálogo, Cf. A. GODIN: “*Cómo establecer el diálogo pasioral*” - Pub. ISPA - Ed. Nova terra, Barcelona, 1967.

⁴⁶ Predicación: Cf. *Lumen Gentium*, n. 64: “La Iglesia nos engendra por la predicación y el bautismo. Dec. *Nostra Aetate*, n. 4: El deber de la Iglesia en su predicación es presentar a Cristo crucificado. *Lumen Gentium*, n. 15: Deber de los Obispos de predicar *Christus Dominus*, n. 13: *Ad Gentes*, n. 20, *Gaudium et Spes*, 28, *Lumen Gentium*, n. 28: los sacerdotes. Cualidades de la predicación: *Presbyterorum Ordinis*, n. 4; Sac. Concilium n. 9 y n. 35. *Gaudium et Spes*, nos. 44 y Const. *Dei Verbum*, n. 5.

⁴⁷ Const. *Dei Verbum*, n. 5.

consecuencias intelectuales y prácticas que ello comporta. La fe es creer en alguien; pero igualmente creer en algo, lo que ese alguien nos comunica.

El acto de fe no se queda en el enunciado del mensaje, sino que alcanza la realidad misma de la salvación, de la intervención salvadora de Dios por la muerte y resurrección de Cristo. Pero en cuanto mensaje de Dios, dirigido al hombre, debe revestirse necesariamente de conceptos e imágenes humanos, trae consigo necesariamente un contenido doctrinal. Para participar del misterio de Cristo es necesario tenerlo por verdadero; no es posible participar de él sin tener la convicción íntima de la realidad del mismo⁴⁸.

La entrega a Dios y a su Palabra trae consigo necesariamente la aceptación del contenido de su revelación.

Igualmente, el aspecto doctrinal de la fe es inseparable de su *aspecto eclesial*. La Iglesia no sería la comunidad de los creyentes sin la unidad de la fe “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4,5) sin la comunión en una misma realidad creída; comunión imposible sin la transmisión social de la revelación, que para ser predicada, debe expresarse en determinado contenido objetivo. “El mensaje eclesial, vínculo unificativo de la Iglesia, exige ser aceptado por la fe de los cristianos como verdadero. La Iglesia no sería visible como comunidad de los que creen en Cristo si el acto de fe no incluyera la aceptación de un determinado contenido doctrinal”⁴⁹.

Este mensaje y su contenido doctrinal debe, pues, llegar a los hombres a través de la Iglesia, debe ser predicado por ella.

Predicación que podemos describir como “la proclamación del misterio de la salvación hecha por Dios mismo a través de sus legítimos representantes, en vista de la fe y de la conversión y de su profundización en la vida cristiana”⁵⁰.

⁴⁸ ALFARO: “*La fe como entrega personal del hombre a Dios*”. *Concilium* n. 21, pág. 59.

⁴⁹ ALFARO: *Ibid.*, pág. 59-60.

⁵⁰ D. GRASSO: “*L’Annuncio della Salvezza*”, pág. 18, 5 D’Auria-Napoli, 1965.



La predicación es necesaria e imprescindible⁵¹. Pero, ¿cómo llegar por ella hasta los hombres de modo personal y eficaz, cuando esta predicación está en crisis? Cuando a duras penas llegamos a un número reducido de nuestros propios fieles y estos con frecuencia se quejan amargamente de ella⁵².

Esta crisis de la predicación no es de hoy, sino ya problema viejo. Monseñor Dupanloup en 1830 escribía con amargura: “Treinta mil sermones cada domingo en las Iglesias de Francia y Francia conserva todavía la fe!”⁵³. Tampoco es exclusivo del campo católico: en la reciente reunión del Congreso Mundial de las Iglesias uno de los temas tratados fue precisamente el de la predicación y su ineficacia.

Se puede discutir mucho si la predicación confiere gracia como los sacramentos “ex opere operato”, o si los da a modo de sacramental o si su eficacia se deba colocar entre ambos⁵⁴; lo cierto es que los frutos prácticos de su eficacia extrínseca disminuyen bastante por la ineficacia de los predicadores.

4. Catequesis⁵⁵

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la catequesis es el área pastoral donde se ha trabajado con más ahínco y ha sido más continua y homogénea la acción de nuestras iglesias latinoamericanas. Igualmente el CELAM puede presentar una de sus mejores realizaciones, el ICLA, tanto de Santiago de Chile como de Manizales.

Se ha trabajado y se trabaja intensamente, en especial en la catequesis de niños y adolescentes.

⁵¹ PABLO VI: *Ecclesiam Suam*, III Parte, n. 83-87.

⁵² SCHREUDER: “*Mecanismo de la predicación*” - Concilium, n. 33, pág. 395-96.

⁵³ Citado por D. GRASSO, *Ibid.*, pág. 13.

⁵⁴ M. FLICK: “*La predicazione e la grazia*”, *Civiltà Cattolica*, 1960, I, pág. 490.

⁵⁵ Catequesis. Obispos y Catequesis: Dec. *Christus Dominus*, nos. 13 y 14. Sacerdotes: *Presbyterorum Ordinis*, n. 4; *Ad Gentes*, n. 39. Se debe enseñar: a los seminaristas *Optatam Totius*, n. 19; a los catequistas, *Ad Gentes* n. 17; Hermanas y Hermanos religiosos, *Ad Gentes*, n. 26. Parte de la educación cristiana, *Gravissimum Educationis*, n. 4. Se nos recomienda que la impartan los seglares *Apostolicam Actuositatem*, nos. 10,11,24. Que se usen en ellas los medios de comunicación social *Inter Mirifica*, n. 16.



Sin embargo, la tarea es sobrehumana y rebasa las posibilidades concretas de nuestras iglesias. Este es el campo donde la explosión demográfica incide con más fuerza sobre la pastoral de la Iglesia: el aumento de personal y medios de catequesis va muy a la zaga del aumento explosivo de la población. Lo que se gana en extensión, con frecuencia va en desmedro de la intensidad.

De hecho, la mayor parte de nuestra población adulta está insuficientemente catequizada; y para la gran masa infantil apenas logramos la catequesis somera de la Primera Comunión. Urge la catequesis de adultos, pero los métodos y medios tradicionales se demuestran completamente insuficientes o ineficaces.

Es menester ensayar nuevos métodos, extender ciertas experiencias que se demuestren válidas; como por ejemplo el método que se ha seguido en Bogotá, para el Congreso Eucarístico; y en Chile, para la gran misión de Santiago: pequeños grupos, centrados en manzanas, edificios o bloques de habitaciones, donde dirigidos por una persona convenientemente preparada, se reúnen en grupos de estudio y discusión, en los que progresivamente, se van estudiando los temas, expuestos sistemáticamente y difundidos por la radio, o la televisión.

Requiere, ciertamente, una cuidadosa preparación previa; un programa vivaz, interesante, sistemático y sólido, capaz de despertar y sostener el interés. Personas entrenadas en la psicología de grupos y en los medios de comunicación social; encontrar y preparar líderes naturales y finalmente, programa continuado y no solamente con ocasión de algún acontecimiento extraordinario. Programa cíclico, por ejemplo, en cada año durante el tiempo de Cuaresma y Adviento.

Para la población campesina, además de los programas radiales, que ya se han experimentado con éxito, y del posible establecimiento de diaconado permanente, sería menester suscitar la institución del catecumenado permanente, análogo al de las misiones de África, por ejemplo. Se le podría llamar catecumenado, aunque dirigido a la conservación y crecimiento de la fe. Sus responsables serían seglares que, en un caserío o aldea sin sacerdote, no solo tendrían a su cargo la catequesis, sino igualmente



ejercicios piadosos, y de animar la práctica de la vida cristiana. Algo análogo a un líder de acción comunitaria. Estos buscan despertar las energías e iniciativas de los individuos, para una acción comunal de mejoramiento material y social; los catequistas, la formación de una comunidad de fe y vida cristiana.

Esto plantea la urgencia de la búsqueda de líderes naturales y su conveniente formación, tanto para la acción religiosa como para la acción social. Formación que requiere escuelas e instituciones adecuadas.

Igualmente, se plantea la necesidad de un uso más intenso y masivo de los medios de comunicación social, que, a pesar del Concilio, no han mantenido un aumento apreciable, especialmente para la catequesis⁵⁶. La Iglesia Católica suramericana no tiene, por ejemplo, una estación de radio de la potencia de la estación protestante de Quito. La televisión ni siquiera se ha experimentado en la catequesis, al menos sistemáticamente.

Las emisiones radiales católicas son muy útiles y necesarias y tienen, a menudo fuerte impacto en la opinión. Mucho más aún las de televisión. Sin embargo, sería menester, en general, una exposición más sistemática y hacer participar más activamente a los oyentes; como hacen frecuentemente las emisiones protestantes.

Sería necesario filmar un curso completo de catequesis en videotape para la televisión. Curso que junte al valor doctrinal y pedagógico un auténtico valor artístico. Curso progresivo, desde dibujos animados para los pequeñuelos, hasta temas que adoctrinen e interesen a los jóvenes y adultos.

La Televisión entra a todas las casas, y tiene enorme influencia para formar o deformar las mentes, especialmente de niños y jóvenes.

Los padres tendrían con este curso invalorable ayuda en la educación de sus hijos.

Dada la alta calidad requerida, es difícil que ninguno de nuestros episcopados estuviere en capacidad, por falta de medios materiales y sobre todo artísticos, para filmar tal curso.

⁵⁶ Ibidem, n. 5.

Pero estimo que, sin uno de los Organismos europeos o norteamericanos, poderosos en obras y caridad, pusiera sus recursos económicos y artísticos para llevar adelante ese proyecto, sería una de las ayudas más valiosas que pueden dar a nuestra Iglesia.

Por una parte, haría mucho más eficaz la catequesis, por la unión de imagen, palabra y sonido; y disminuiría los requerimientos de personal, especialmente en las grandes concentraciones escolares.

Es evidente que no basta una simple transmisión, si no va acompañada de interrogatorios, trabajos progresivos, etc. Como es también evidente que si se requiere un número menor de personas, estas deberán estar técnica y doctrinalmente bien preparadas.

5. *Vida litúrgica y sacramental*

Es una verdad fundamental que “la fe debe ser no solamente aceptada sino también celebrada. La liturgia es la celebración comunitaria de la fe que se vive, y debe conducir a una vivencia más intensa de la fe que se celebra” (Documento de Melgar).

Entre nosotros, para lograr una vivencia y participación de los fieles “consciente, activa y fructuosa” (SC, 11) y para que la liturgia ocupe un lugar prominente en la vida de nuestros cristianos, pienso que no se trata tanto de inventar ritos nuevos que no son fácilmente asimilables por la masa, ya que a menudo corresponden más a la mentalidad del liturgista que a la del pueblo, ni en cambios continuos y rápidos que no emparejan con el ritmo de la masa y su capacidad de asimilación; sino ante todo hacerles comprender las reformas emprendidas por la Santa sede y, a través de adecuada catequesis, hacérselas asimilables. El trabajo fundamental tendría que ser el purificar el sentido de la vida sacramental de nuestros fieles, a fin de que su práctica se limpie de toda contaminación supersticiosa o mágica, por la que cree apropiarse de las fuerzas de la divinidad, o del concepto de una eficacia sacramental que no exige la fe y los actos del creyente. Catequesis sacramental, educación en la fe, en ocasión, en y a través de los sacramentos, especialmente aquellos que encuadran la vida cristiana. Catequesis imprescindible a fin “que reciban los sacramentos con recta



disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz, y colaboren con la gracia divina, para no recibirlos en vano” (SC, 11).

Aquí se deben evitar dos escollos, el de exigir muy poco o el de exigir demasiado.

Exigir muy poco o nada con pretexto de que, sobre todo, a la masa de fieles no puede exigírsele más (“a priori”, que en ocasiones se debe más a la falta de iniciativas del ministro, que a la verdadera falta de correspondencia del pueblo fiel). O de exigir demasiado, es decir, negarles los sacramentos o retrasárselos indebidamente porque no tienen una rectitud de intenciones, una conciencia esclarecida o un conocimiento doctrinal que, en general, es solamente patrimonio de grupos de élite.

¿Dónde y cuándo dar esta catequesis?

No creo fácil ni siquiera posible, sugerir respuestas válidas para todas las situaciones.

Aquí sería el lugar de tratar de la eficacia práctica de la homilía y la predicación en la Iglesia. Se ha adelantado mucho con la reforma litúrgica, se han puesto en práctica diversas formas de preparación; sin embargo, los comentarios corrientes de los fieles, aún de los grupos fervientes, no son muy alentadores⁵⁷.

Adaptación de la liturgia al genio y a la cultura del pueblo.

Es necesario aquí un equilibrio y un criterio sereno. La liturgia debe ser expresión viva de la fe de una comunidad local, que no es un átomo, sino una célula viva de la comunidad católica. Unidad y catolicidad que se expresan admirablemente en los diversos ritos de la liturgia.

El Concilio nos enseña que la Iglesia no quiere imponer una rígida uniformidad, en lo que no afecta la fe, ni siquiera *ep a*

57 FRANCISCO MEJIA, C.M.F.: *“Crisis de la renovación litúrgica de América Latina - Análisis de una encuesta”*. Memoria mimeografiada dirigida por Dom T. Maertens, Abadía de San Andrés, Bruges, pág. 32-36. Cf. Igualmente: O. SHREUDER: *“Mecanismo de la Predicación”* Concilium, n. 33, pág. 395-408. D. GRASSO: *“L’Anmmcio della salvezza”* - Introduzione y Cap. XI y XIII.

liturgia, “sino por el contrario respeta y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos”; y aún acepta en su liturgia lo que en las costumbres de los pueblos esté limpio de errores y supersticiones, “con tal que pueda armonizar con el verdadero y auténtico espíritu litúrgico” (SC, 37).

Estas variaciones y adaptaciones legítimas de los diversos grupos, regiones y pueblos deberán dejar a salvo la “unidad sustancial del rito romano” (SC, 38).

Y dentro de los límites establecidos en las ediciones típicas de los libros litúrgicos, corresponderá a las Conferencias Episcopales (“autoridad territorial”, Art. 22), determinar estas adaptaciones “sobre todo en lo tocante a la administración de los sacramentos y sacramentales, procesiones, lengua litúrgica, música y arte sagrado, siempre en conformidad con las normas fundamentales contenidas en esta Constitución”.

Símbolos y signos sagrados deben ser limpios y claros para el que participa en la liturgia; si no le es significativo no tiene eficacia para él. Se requiere, por tanto, la necesaria adaptación de los mismos. No creo que la liturgia deba encamarse en las diversas culturas y ambientes; sino tomar y asimilar lo sano y válido de esas culturas.

Estos elementos culturales se incorporan en la liturgia; pero esta no se encarna en ellos. Encarnación implica totalidad, y por tanto no sería fácil dejar a salvo “la unidad sustancial del Rito Romano”. La liturgia asimila esos elementos sanos; pero, al contrario, no debe ser asimilada por ellos.

Culturalmente somos occidentales y latinos, nacidos a la fe en la Iglesia romana; conservamos, sin embargo, elementos aborígenes y de otras razas. Cultura de mestizaje que exige y supone un sólido sentido de armonía y equilibrio. Tensión dialéctica que debe resolverse, para ser fructuosa, en una síntesis vital y armónica.

Aquí, igualmente, es menester recordar la cuestión de la “profanación” de la liturgia.



Es verdad que la existencia cristiana no tolera la vivisección, la división tajante de lo sagrado y de lo profano. La existencia cristiana es expresión de la gracia salvadora de Dios en el mundo y, a través de esta existencia cristiana y humana, todas las cosas encontrarán su recapitulación en Cristo.

El cristianismo, por tanto, puede y debe dar a sus actos, aun los menos significativos de la vida corriente, un sentido radicalmente sagrado dentro de su profanidad. Es verdad, igualmente, que Dios no exige para su adoración un lugar determinado, sino ser adorado en espíritu y verdad (Jo 4,21-24).

Pero de esto no se concluye que el hombre, psicológica y religiosamente, no necesite para la expresión de su religiosidad, un cierto ambiente, un espacio sagrado de recogimiento, especialmente cuando esta religiosidad se expresa comunitariamente. El gesto y la imagen acompañan, sostienen y condicionan la idea y el sentimiento. La liturgia no puede prescindir de objetos, acciones y gestos que sacralizan y son significativos de la presencia y acción divinas entre nosotros⁵⁸. Gestos y objetos que, al profanizarse, se vacían de su eficacia significativa.

Al correr de los tiempos, pueden, sin embargo, perder la limpidez de su significado para los hombres que viven la mentalidad de nuevos tiempos, culturas o lugares diversos. De ahí la necesidad de limpiarlos de adherencias y condicionamientos históricos, para hacerlos resplandecer en su primitiva significación; o cambiarlos por otros más significativos, cuando los anteriores se han hecho insignificantes. Respetando la sustancia, instituida por el Señor, la Iglesia puede cambiar los ritos sacramentales.

Finalmente, tampoco debemos olvidar que el hombre, en la expresión de su fe y de su religión, necesita también del arte y la poesía.

Como una alegre campanita de plata, el hombre conserva en su interior un núcleo de poesía y belleza, que al golpe de las emociones, embellece y alegra, o reserena los mejores instantes de su vida. Reflejo lejano, pero vivo, de la belleza inmarcesible de Dios.

⁵⁸ CONGAR: "Relación entre culto y predicación" - Concilium, n. 33, pág. 420-21.

Este sentido de belleza y poesía siempre ha estado presente en el culto de la Iglesia Católica. Por los amplios corredores de la Iglesia soplan hoy ciertos vientos de puritanismo frío y agrio, que pretende limpiar nuestros lugares de culto, no solo de oropeles, sino igualmente de auténticas expresiones de arte.

El templo no puede reducirse a un seco salón de conferencias con una mesa de culto desguarnecida y un crucifijo colgado en cualquier parte del presbiterio.

Entre el barroquismo y la prosaica vulgaridad, queda espacio para una belleza serena y simple.

6. *Grupos o comunidades de base*

En una pastoral de masas el trabajo fundamental es el conservar vivo su sentido de pertenencia a la Iglesia y lograr en ellas compromisos más vivos con su fe y vida cristiana. Así como en las otras agrupaciones, políticas, sindicales, etc., la función de los líderes es indiscutible, igualmente la masa católica, debe ser impulsada y guiada por líderes y grupos fervientes que encuadren y sostengan la vida cristiana en el pueblo. Para una interacción más viva es necesario que comprendan y vibren con los intereses de la masa. Las estructuras pastorales para ser dinámicas y eficaces, requieren grupos de cristianos fervientes, que sean como la base y el sostén de la práctica cristiana en las masas.

Pero, además, la vida moderna tiende a la formación de estos grupos. El anonimato, la soledad y la movilidad del habitante de las grandes ciudades, lo impulsan a orientar su vida y modelar voluntariamente su existencia. Las amistades y los grupos no se imponen, sino se seleccionan⁵⁹.

La crisis de ciertas asociaciones apostólicas, que siguen el esquema geográfico y el éxito de otros, donde la agrupación se hace más voluntaria y libre, es prueba igualmente de este fenómeno que se debe tomar muy en cuenta al formar las comodidades de base. El peligro de estos grupos o pequeñas comunidades, especialmente si se establecieren con poca o casi ninguna vinculación a las

⁵⁹ E. PIN: Ibid.



estructuras eclesiales es el de convertirse en círculos de amistad, unidos por un vínculo humano, fundado en la simpatía, más que en verdaderos núcleos eclesiales. Y en el peor de los casos, si se forman al margen de la institución eclesial, se corre el peligro de convertirse en grupos sectarios.

Esos grupos, si son vivos y con despierto sentido eclesial son necesarios para que la masa pueda recibir gradualmente sin desconcierto y reacciones contrarias, los cambios tanto eclesiales como sociales, que trae nuestra sociedad en transición, y cuyo ritmo supera la capacidad de las masas. Si son sanos bien constituidos y dinámicos, hacen que una parroquia sea una comunidad de fe y de vida sacramental, “donde está presente Cristo, en cuya virtud se congrega la Iglesia, una, católica y apostólica” (LG, 26).

7. *Instituciones*

En todo grupo social, por más extenso que sea, debe haber una interacción que haga sentir a los socios su pertenencia a la misma sociedad. Deben existir aquellas estructuras necesarias a la permanencia de la agrupación, las instituciones que mantengan viva la conciencia de semejanza y el interés común.

La masa católica tiene que ser y sentirse pueblo cristiano. Hasta ahora lo ha sido y, en gran parte, continúa siéndolo.

Debemos, por tanto, estudiar qué factores hicieron posible la existencia de nuestras masas como pueblo cristiano, y qué factores condicionan hoy su mantenimiento como tal.

Muchos de los factores sociales e instituciones que lo condicionaron hasta hoy, quizás ya no tengan vigencia, o solo la tengan muy débil; otros, en cambio, tienen vigencia todavía.

Hoy se habla y escribe mucho contra la Iglesia constantiniana; pero entre una Iglesia, antiguo régimen, como institución sociopolítica, y una Iglesia “secta” o “diáspora”, se da la tercera posibilidad : una Iglesia que peregrina por la historia como pueblo de Dios organizado. Para ello son necesarias las instituciones

que sostengan y cohesionen la vida cristiana entre la gran masa y conserve vivo el sentimiento de su pertenencia a la Iglesia y a Jesucristo.

Como lo atestigua la historia, cuando faltan estas instituciones decae la práctica de la vida cristiana y se pierde la fe. Hoy mismo vemos las grandes masas de inmigrantes, internos o externos, que dejar su lugar de origen y las instituciones que ayudaban a sostener su fe y la práctica cristianas, estas bajan verticalmente. Es el fenómeno religioso de las masas campesinas que viven marginadas en las grandes ciudades.

Las instituciones son necesarias e imprescindibles; pero es menester discernir las que son necesarias y válidas de las caducas y superadas.

Por ejemplo, la institución de la parroquia. Es evidente que fuera de parroquias rurales, de existencia a nivel humano, la parroquia en el mundo moderno no cumple la misión que tiene asignada y que cumplió en otras épocas; y que por tanto amerita un estudio muy serio que nos dé una solución válida para revalorizar, transformándola, esa institución⁶⁰.

Se debe, además, dar a nuestras instituciones un sentido más acorde con nuestro tiempo; por ejemplo, un sentido más comunitario, donde hasta ahora primaba un sentido paternalista. Uno de los grandes fenómenos modernos es, el despertar de la conciencia popular: el hombre se siente y quiere ser autor de su propio destino. Por lo cual, la ayuda de la caridad debe ir en el sentido de despertar sus energías y auxiliarle, a valerse por sí mismo, avivándole la conciencia del valor de la obra emprendida comunitariamente.

⁶⁰ Cf. F. HOUTART: *"La Paroisse dans la ville"*, I. C. I. n. 243, julio, 1965. EMILE PIN: *"De l'Eglise comme maniere d'être ensemble"*. Christus, n. 58, pág. 168-171: "Concentremos nuestra atención en la parroquia, que ha sido considerada por mucho tiempo como 'la célula de base' de la Iglesia, la comunidad cristiana esencial, la 'ecclesiola', pero a la que hoy todo observador atento y leal debe negar la calificación de 'comunidad' y a fortiori: la de grupo primario. Este cambio de perspectiva se debe a la transformación de la sociedad. La parroquia fue una comunidad, ya no lo es. Lo era porque estaba estrechamente ligada a una comunidad local, aldea o barrio. Ya no lo es más en la ciudad; lo es cada vez menos en las zonas rurales que se transforman igualmente. El carácter comunitario de la parroquia estaba vinculado a las formas de la vida social y no provenía de la comunidad de fe. A lo más reforzaba un vínculo comunitario que no había creado" (Pág. 168).



Al recordar nuestras instituciones y específicamente la parroquia, es conveniente recordar a nuestras congregaciones, especialmente de religiosas, como factores válidos de la pastoral diocesana y parroquial, factor imprescindible para una cristianización de las masas. Además, en escuelas, hospitales, asilos, etc., en la obra netamente pastoral no se ha utilizado a plena capacidad esa fuerza de primer orden que es el espíritu apostólico y de servicio, abnegación, capacidad de comprensión y de sacrificio de nuestras religiosas. Es menester que asuman, en la obra pastoral todos los oficios, compatibles con su calidad de mujer. Es decir, como se ha hecho ya en algunas diócesis, sería necesario constituir vicarías parroquiales a cargo de religiosas. Tendría a su cargo, un sector determinado, la catequesis de niños y adultos, acción social y comunitaria, preparación a los sacramentos (matrimonio, penitencia, extremaunción); distribuirían la comunión, leerían los oficios de difuntos, harían los ejercicios sagrados, etc. Vivirían habitualmente en su sector; conservando sin embargo, su observancia religiosa y el espíritu específico de su congregación. Un sacerdote itinerante celebraría la eucaristía periódicamente.

e) Pastoral de élites

Quando se habla de pastoral de élites, se pueden entender estas de varios modos :

1. Grupos escogidos, que son verdaderas élites por su calidad cristiana y apostólica;
2. Elites desde el punto de vista cultural: intelectuales, artistas, universitarios; .
3. Elites desde el punto de vista social: grupos dirigentes en el campo económico, industrial, sindical o político.

Las orientaciones del documento de trabajo parecen referirse, con frecuencia, a los del número dos.

Por lo cual me referiré solo muy brevemente a las otras dos categorías.



1. *Elites religiosas*

Si debemos lamentar el fenómeno de la descristianización; nos debemos alegrar por el aumento de grupos de cristianos cada vez más numerosos, de cristianos conscientes de su fe y comprometidos con su Iglesia, en intensidad variable, pero real; encuadrados, o no, en asociaciones de diversa índole.

Ciertos movimientos de renovación cristiana, como por ejemplo los “Cursillos de Cristiandad” o el Movimiento Familiar Cristiano; como otros movimientos apostólicos han contribuido a ellos positivamente.

Es verdad que algunas asociaciones apostólicas están mostrando ciertos síntomas de crisis. ¿De reestructuración? ¿De adaptación? ¿Existencial o doctrinal? Solo insinúo de paso el hecho, porque es materia de comisión especial.

Estas élites constituyen, en gran parte, las comunidades de base, en las que no es menester insistir ahora de nuevo. El trabajo con estos grupos, en general, es satisfactorio y rendidor y se palpa el fruto pastoral. De aquí cierto peligro de dedicar todos los trabajos y desvelos a ellos, descuidando las grandes masas. Convertir en práctica inconsciente las más de las veces, la afirmación de que la comunidad eclesial son estos grupos, y la masa es la diáspora, haciendo una dicotomía entre pastoral y misión.

Nuestro trabajo pastoral debe mirar a abrir a estos grupos a las grandes necesidades de la Iglesia, impulsarlos a ser la levadura de la masa, evitando que se conviertan en grupos cerrados.

2. *Elites sociales*

No podemos, aunque solo sea muy rápida y someramente, dejar de recordar estas élites sociales, especialmente en el campo económico, industrial y social.

Un continente en rápido desarrollo tiene que contar con ellos, que son factores de riqueza para la nación; y si queremos que sea



un desarrollo integral, es menester el formar o avivar su conciencia cristiana; porque estos grupos, en su conjunto, con frecuencia, no tienen conciencia social, o la tienen adormecida. Nuestro deber es iluminarlos y guiarlos para el cumplimiento de sus deberes sociales. Lo que raramente se consigue con discursos y alocuciones incendiarias o demográficas, que ocupan los grandes titulares de los diarios, sino con un trabajo continuado, sereno y firme de diálogo y de asesoramiento. No se puede caer en cierto maniqueísmo social, dividiendo el mundo entre buenos y malos, incluyendo en estos a todos los que poseen. No olvidemos, que el crear riqueza con una conciencia social muy viva, puede ser hoy una obra mayor de caridad que muchos paliativos a los cuales dedicamos tantos esfuerzos y fatigas. Dejemos al juicio final el separar los cabritos de las ovejas; y no caigamos en el complejo de predicador, que solo denuncia vicios y pecados.

Sin olvidar estos, ante todo, positivamente, iluminemos las conciencias, alentemos y suscitemos iniciativas sociales. Para las urgentes necesidades del desarrollo de América Latina no basta la iniciativa gubernamental; sino que es menester igualmente la iniciativa privada. No olvidemos, que estos grupos frecuentemente son grupos de presión, para bien y para mal, en las iniciativas gubernamentales. De aquí la doble necesidad de formarles la conciencia en sus deberes sociales y cristianos.

Como signo de los tiempos, aunque no muy positivo, está la dificultad de encontrar entre el clero asesores para estos grupos económicos.

La Santa Sede nos ha dado un ejemplo práctico en este campo, al constituir la Pontificia Comisión “Justicia y Paz”, donde reúnen los factores de riqueza junto con los representantes del trabajo, y donde se sientan en mesa redonda clérigos, intelectuales, diplomáticos, banqueros, economistas, representantes de grandes organizaciones sociales o caritativas. La misma Santa Sede ha impulsado la formación de Comisiones Nacionales de “Justicia y Paz”, para estudiar los problemas del desarrollo y de la paz, despertar las conciencias, suscitar iniciativas.

Pastoral de élites culturales

En estos medios intelectuales y artísticos es donde más se el fenómeno de la secularización y de la descristianización. Basta, adentrarnos en la literatura moderna, especialmente a los autores más conocidos, en América Latina, para respirar un aire religioso enrarecido. En arte y literatura —hablando continentalmente— los cristianos no tienen ni el peso ni la influencia de que gozan en otros países.

Lo mismo se debe decir de los ambientes científicos puros.

La presencia de los cristianos en las universidades se deja sentir bastante más.

Por otra parte, no tenemos suficientes sacerdotes, capaces para asesorar estos ambientes artísticos, científicos o universitarios, sacerdotes cultos y comprensivos; pero sobre todo, de una fe radiosa y muy firme; capaces del diálogo artístico o científico, pero ante todo de irradiar a Jesucristo.

Si necesaria es la labor del sacerdote, mucho más fundamental y de primer plano es la del seglar, de la misma mentalidad, con los mismos quehaceres y de las mismas aspiraciones. Reagrupados por interés común son capaces de animar desde adentro esos grupos, donde unidos por una amistad, con su servicio y su palabra, testimonian a Jesucristo.

Necesitan una pastoral especial. Su mentalidad, gustos e intereses les dificulta la integración en los grupos parroquiales. La misma predicación dominical, necesariamente adaptada a nivel medio, a menudo les aburre y los irrita. Esperan de la Iglesia que su tarea específica de científicos “sea plenamente comprendida y respetada, reconocida toda su dignidad y toda su significación; es más, que se interés efectivo por su esfuerzo”. “La ciencia es para ellos una cosa infinitamente seria”⁶¹. No debemos olvidar que la actitud religiosa y la actitud científica divergen a menudo; como tampoco coinciden siempre la visión científica y la visión religiosa

⁶¹ F. RUSSO: “Solitude du scientifique dans l’Eglise”. *Christus*, n. 50, Abril 1966, pág. 211.



del mundo y sus problemas, y que es el mismo hombre quien debe armonizarlos en su interior, guiado por su fe⁶².

Se requiere, pues, cierto equilibrio en su pastoral, integrándolos, preferentemente en grupos específicos a nivel diocesano, pero sin separarlos totalmente de los grupos de base, donde su ejemplo y su influjo pueden ser muy beneficiosos.

Lo mismo se puede aplicar, en mayor escala, con grupos de profesionales; de reagrupamiento más fácil y atención pastoral menos difícil.

En estos ambientes intelectuales y profesionales empieza a insinuarse entre nosotros, quizás no con la misma intensidad que en otras latitudes, el llamado “tercer hombre”, que dice creer en Dios y en Jesucristo, pero que tiene poca fe en la Iglesia y escucha poco su magisterio⁶³; aunque sí con más petulancia juvenil e intemperancia verbal.

Fenómeno complejo que abarca problemas individuales muy distintos y tiene origen, causas y manifestaciones muy diversas. Reacción antiinstitucional, alergia a toda autoridad, sensibilidad extrema a la propia libertad, restos de individualismo o anticlericalismo inveterados, desencanto, divergencias sociales y políticas, indiferencia cuando no repudio, del Supremo Magisterio, rechazo de algunos dogmas. A veces se dice profesar fe en Jesucristo, pero vacía de todo contenido doctrinal, o en un Jesús a quien se atribuye una divinidad meramente simbólica.

Fenómeno difícil, que es menester tratar con exquisito tacto y caridad (aunque ciertas manifestaciones nos sean irritantes); buscando sus causas profundas. No pocas veces encontramos un alma religiosamente traumatizada.

Lo más doloroso es hallarnos ante casos de quienes durante muchos años militaron en nuestros grupos selectos.

⁶² ANDRE ASTIER: *“Le scientifique aux prises avec sa propre foi”*, Christus, n. 50, pág. 219-231.

⁶³ F. ROUSTANG: *“Le Troisième Homme”*, Christus, n. 52, Octubre 1966, págs. 561-567

Hay otros, a quienes se les sometió a cursillos intensos, que les produjeron una profunda conmoción religiosa, y de los que descuidó posteriormente su formación para una profesión de fe y vida cristiana armoniosas. Al no encontrar cuadro adecuado para sus nuevas energías desencadenadas, se “desinflan”, por decirlo así, espiritualmente y se alejan de la práctica sacramental y contacto con la Iglesia.

Pastoral Universitaria

Mi visión es fundamentalmente desde el punto de vista pastoral, y exposición somera; pues será tratado el mismo asunto, desde otros ángulos de vista por otras comisiones.

Debemos distinguir, en esta Pastoral, dos sectores: el de los estudiantes y el de los profesores.

A estos, puede aplicarse, prácticamente todo lo dicho de los intelectuales. Solo quisiera insinuar la necesidad de la incorporación de los profesores, de modo vital, a toda parroquia universitaria, digna de ese nombre. Si es solo de estudiantes, será una parroquia universitaria incompleta, unilateral y en continuo devenir.

La labor con el estudiante es fundamentalmente formativa. En general, entre nosotros, la cultura religiosa no va a la par con la cultura profana.

Por eso la parroquia universitaria deberá ser un eficiente centro de formación y de irradiación de vida cristiana.

La estructura de estas parroquias la dará la Jerarquía local, de acuerdo a las situaciones concretas. Todo lo flexible que se quieran, estas estructuras son necesarias.

Sé, que aquí y allá, irrumpen ciertas tendencias radicalmente antiinstitucionales; propugnando convertir las parroquias universitarias en meros grupos militantes, con poca o ninguna conexión jerárquica, cuyo compromiso cristiano se traduzca en un compromiso político o revolucionario.



Si la parroquia universitaria, cualquiera que sea su estructura no es una verdadera comunidad de fe, en la que se celebra la Eucaristía en la que realmente se cree, y se recibe la Palabra de Dios integralmente, no unilateralmente, e interpretada a capricho, como parroquia universitaria no tiene razón de ser.

Sé que entramos en un campo polémico y hasta explosivo; pero por esto mismo debemos encararlo con serenidad y firmeza.

Estimo sumamente necesario que el Obispo, siga, con especial interés y contactos personales frecuentes, la vida y la acción de la parroquia universitaria.

Las crisis de América Latina tienen un amplio resonador, y, no pocas veces, un anticipador, en las Universidades. Es muy útil, por tanto, seguir con interés y conocer bien los problemas universitarios, para comprender mejor la situación real presente o futura del país.

Se impone la cuidadosa selección de los sacerdotes encargados de esas parroquias, o que asesoren espiritualmente a estudiantes universitarios. No basta que sean cultos, al tanto del movimiento cultural e intelectual de su país, y de una sólida formación teológica —no diletantismo teológico— es menester ante todo, sean hombres de profunda fe y de un seguro sentido de Iglesia.

El obispo debe seguirlos con interés, dialogar frecuentemente con ellos, animarlos, dirigirlos; para poderlos sostener eficazmente cuando es necesario, o removerlos a tiempo, si empiezan a padecer crisis de fe o de vida eclesial, con peligro de contagiar su crisis al ambiente universitario.

El diálogo en estos ambientes universitarios y científicos no es siempre fácil y tiene sus riesgos. Aun con la mejor intención puede caerse en un irenismo o relativismo, con desmedro de la integridad de la fe, y que es perjudicial a todos.

Son, igualmente, estos ambientes un amplio resonador político. Es más, en los últimos tiempos, las tensiones universitarias se han hecho explosivas.



Como después de la Primera Guerra Mundial, en Europa y Estados Unidos, especialmente en ciertos ambientes protestantes, se piensa hoy que el tiempo actual es un “Kairos” inminente, que lleva a los hombres a un nuevo y mejor orden social y político, que se confunde con el Reino de Dios⁶⁴.

El advenimiento del fascismo y del nazismo disipó brutalmente esas ambiguas esperanzas. Dios no permita, que nos pueda suceder otro tanto. Hay un peligro y no fantástico de que estos grupos universitarios si no viven su fe como un don recibido y que se debe vivir en la comunidad de la Iglesia, no entendida simplemente como la “unión de los que peregrinan teniendo fe en Cristo” o “una cierta manera de estar juntos en nombre de Jesucristo para escuchar la voz de su Espíritu⁶⁵”; sino igualmente como Iglesia constituida, con todas las consecuencias que de ello se derivan; hay el peligro de que nuestros grupos se conviertan en grupos de presión y de agitación política.

Sé que este es campo delicado y difícil; que todavía no se ha llegado en algunas partes a un sano equilibrio y a una vivencia total de las enseñanzas del Concilio⁶⁶.

Los mismos que reprochan a la Iglesia y le enrostran que, en el pasado, se hubiera ligado a los poderes políticos, hoy exigen a la Iglesia una acción política y ligarse estrechamente a los movimientos revolucionarios, al menos, en uso de su misión profética. Pero cuando se exige a los Obispos, y, en ocasiones, agresivamente, que se conviertan en profetas de la revolución violenta, ¿no se les está exigiendo intervenir en la política, y en lo que tiene de más discutible, en la lucha por el poder?

La Iglesia no puede atarse a poder político alguno, ni constituido ni por constituir, sino ser siempre, por su independencia de los mismos, “el signo y la salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana” (GS, 76).

⁶⁴ CARL J. ARMBRUSTER: “Paul Tillich, un théologien de notre temp”, Christus, n. 52, pág. 555. CARL J. ARMBRUSTER: “El pensamiento de Paul Tillich”, pág. 24, Sal Terrae, Santander, 1968.

⁶⁵ EMILE PIN: “De l’Eglise comme maniere d’etre ensemble”, Christus, n. 58, págs. 177-8.

⁶⁶ *Gaudium et Spes*, n. 76.



Estando al “servicio de la vocación personal y social del hombre” (Ibid.), no podemos sin embargo, soslayar esos problemas, sino estudiarlos con interés y atención buscando sus razones y motivaciones profundas, para proyectar sobre ellos la luz de la visión cristiana del mundo y esclarecer las obligaciones del cristiano en el quehacer solidario para un mundo mejor y más pacífico.

Aun cuando se nos repita, que los profetas fueron los perpetuos inconformes, los flageladores del orden constituído, recordadores permanentes de la transitoriedad de todas las estructuras sociales y políticas; y que nosotros somos los herederos de los profetas. En todo esto hay mucho de verdad, pero no toda la verdad.

Ni sostenedores del antiguo régimen, ni profetas de la violencia; sino testigos del Reino de Dios, del señorío de Cristo; que no puede confundirse con ningún régimen político presente o futuro, por más justo y legítimo que nos parezca.

Tampoco es admisible pura y simplemente, la afirmación que tomando pie de que la Voluntad y la revelación de Dios se expresa en la historia, nos dice que esa Voluntad se expresa hoy en la revolución, especialmente violenta, y que —por tanto la tarea presente de la Iglesia es secundar esa voluntad de Dios como hoy se le manifiesta.

Espada de dos filos, afirmación peligrosa. Bien podría lógicamente servir, para la instauración o defensa de cualquier régimen político a lo largo de la historia.

Debemos auscultar los signos de los tiempos; pero no para relativizar el Reino de Dios, sino para poder llevar su mensaje a las legítimas aspiraciones del hombre de hoy.

El laico católico tiene el derecho siempre, y el deber, muchas veces, de participar activamente en la política. Pero la Iglesia, como tal no debe ser envuelta en ella.

Pastores de la Iglesia nos toca formar las conciencias para que los laicos asuman sus propias responsabilidades, haciéndoles

comprender al mismo tiempo que ellos son *Iglesia, pero no toda la Iglesia*.

Tócanos, también, suscitar y apoyar las iniciativas dirigidas al desarrollo integral del hombre y a la paz social; como igualmente saber formar a nuestros mejores cristianos, para que puedan llegar a ser líderes naturales en el campo de la acción social, comunitaria, sindical o política. América requiere con urgencia líderes para el desarrollo.

Todavía tenemos, en el campo social y asistencial, una urgente obra supletoria que cumplir. Debemos sostenerla todo el tiempo que sea necesario; pero debemos estar, al mismo tiempo, alertas y prontos a dejarla en manos de la sociedad civil, cuando esta la pueda asumir sin menoscabo del bien común.

Agnosticismo y ateísmo en los ambientes latinoamericanos

1. La evidencia, que nos da el contacto diario con los hombres, acredita también entre nosotros la afirmación del Concilio, “la negación de Dios o de la religión no constituyen, como en otras épocas, un hecho insólito o individual; hoy día, en efecto, se presenta no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo” (GS, 7).

En épocas pasadas, se vivió un ateísmo violento, apasionadamente negador, que en su misma negación apasionada era casi una afirmación implícita: nadie se apasiona por lo que da por inexistente.

Hoy, al contrario, es una negación tranquila, fría, consciente de sí. Es un dato, aceptado simplemente como válido, y a partir del cual se piensa y se actúa⁶⁷. Es un ateísmo positivo, orgánico, constructor⁶⁸.

⁶⁷ JEAN LACROIX: “*Le sens de l’athéisme moderne*”, Casterman - 2ª Ed. pag. 13.

⁶⁸ H. DE LUBAC: “*El drama del ateísmo moderno*”. Epesa, 2ª Ed., pág. 7ª. Cf. JUAN BAUTISTA METZ: “Iglesia para los creyentes?” en “Dios-Ateísmo” III Semana de Teología, Universidad de Deusto, pág. 76. Ed. Mensajero Bilbao, 1968.



Ateísmo culto, cortés, hasta amable, pero glacial para todo lo divino. Si le interesa la idea de Dios, es solo como fenómeno social, como creencia, capaz todavía de hacer vivir valores religiosos y morales, crear bellas obras de arte o inspirar hermosos poemas⁶⁹.

Fenómeno complejo y multiforme⁷⁰. La Constitución “Gaudium et Spes” nos describe algunas de sus formas y raíces (Cf. 19).

J. Lacroix los reagrupa en tres manifestaciones, según se basen en un cerrado: humanismo científico, humanismo político, o humanismo moral⁷¹, en lo que coincide con el P. de Lubac al personificar sus diversas formas en Augusto Comte, Feuerbach y su discípulo Marx, y Nietzsche⁷².

2. Si de una fenomenología general del ateísmo queremos venir a las manifestaciones concretas en América Latina, la falta de estudios serios y sistemáticos nos imposibilita para plantear toda la problemática concreta y específica. Apenas sí podríamos insinuar algunas líneas de fuerza.

La forma del ateísmo marxista es la que se presenta más vigorosa y con tendencia expansiva, especialmente entre intelectuales y estudiantes. Sin embargo, sería falso afirmar que todo marxista sea ateo; los hay comprometidos en las reivindicaciones sociales y programa político, pero no viven la ideología atea.

En posición decreciente podríamos colocar el ateísmo científico y el humanista o moral.

3. Nuestro problema pastoral es, cómo encarar este fenómeno sociorreligioso tan grave, que lleva todos los síntomas de crecer.

⁶⁹ RENE LALOU: Citado por Jean Lacroix, *Ibid.*, pág. 11.

⁷⁰ *Dibattito sull'ateismo*. - Giornale de teología 15. Queriniana Brescia, 1967.

⁷¹ *Ibid.*, págs. 9-65.

⁷² Cf. También: VICENZO MIANO: “L'ateismo” en *Chiesa e Mondo Moderno*” (Elle-Di-Ci, Torino, 2a. Ed.). “La Incredulidad y sus problemas” (Obra colectiva), Ed. Herder Barcelona, 1968. RAFAEL BALDA: “La Iglesia frente al ateísmo moderno”, en “Estudios sobre la Constitución ‘Gaudium et Spes’”, Biblioteca Mensajero. Bilbao, 1967. G. MOREL: “Approche de l'atésisme moderne”. *Etudes*, Nov. 196, pág. 467 y ss.

¿Cuáles son sus causas más frecuentes entre nosotros?
 ¿Cuál nuestra actitud y nuestra acción?

Ya el Concilio nos advertía que en “la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso de los defectos de su vida religiosa, moral o social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS, 19)⁷³.

Descuido en la educación religiosa, inadecuada exposición de la doctrina, imagen que presentamos al mundo, ¿no hay lugar aquí para un análisis serio y consciente? Son tres objetivos concretos, a los cuales no se puede responder con generalidades, sino a base de hechos reales fijar los criterios de acción. Es evidente, que en esta Reunión no podríamos llegar a los problemas específicos de cada país, tarea propia de las Conferencias Episcopales; pero al menos se podrían fijar los criterios válidos y trazar las grandes líneas de acción.

Los remedios, estimo, no son demasiado difíciles de encontrar, pero sí lo será su aplicación eficaz. Esta, en concreto tocará a las distintas Conferencias Episcopales y a cada Obispo en su diócesis. Y la estimo difícil, porque no siempre se tienen medios y personal competente para este apostolado.

Ya el Concilio asienta la norma general: “el remedio para el ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros”.

1. “Exposición adecuada de la doctrina”

“Diálogo prudente y sincero” (Ibid).

Exposición y diálogo que pueda ser comprendido por los que ya no creen, cuyas estructuras de pensamiento, a causa de formación cultural diversa, son las más de las veces, distintas de las nuestras.

⁷³ Cf. JUAN BAUTISTA METZ: “Iglesia para increyentes?”, en “Dios Ateísmo”, págs. 67-87.



El mensaje de la fe, aunque esté expresado en lenguaje del hombre, no corresponde siempre al lenguaje corriente, o correspondió al de otras épocas históricas, y hoy se hace difícil de entender.

“El lenguaje de la Iglesia —escribe K. Rahner— no es un lenguaje especial, ni autónomo, sino el mismo del mundo con toda la precisión y moldeamiento que le imponen los temas de la revelación. Porque la revelación de Dios habla el lenguaje de los hombres, con palabras que ya existían anteriormente y tenían un sentido bien concreto impuesto por el mundo. Este sentido no queda eliminado por el hecho de que una de esas palabras se transforme por el uso de la Iglesia en un enunciado de la revelación. Si vemos que cambia este lenguaje con los nuevos tiempos, que cambia el sentido, el alcance, la claridad de las palabras (que siguen siendo las mismas casi solo en la fonética), tiene también que transformarse por esta misma razón el lenguaje de la Iglesia⁷⁴.

Hablamos y no nos entienden, y ni siquiera repáranos en ello; y esto se debe a que “nosotros (pero no nuestros oyentes), como más o menos hace cualquier hombre de hoy, hablamos varios “lenguajes” (uno de especialistas, otro vulgar, etc.), y de este modo nunca reparamos en el tránsito que hacemos —en parte “traduciendo” — de un lenguaje a otro”⁷⁵.

Hablamos en materia religiosa en lenguaje “clerical”, un lenguaje que expresa “nuestra” propia cultura y que no es fácil seguir para los no iniciados⁷⁶.

⁷⁴ “El problema de la ‘desmitologización’ y el ejercicio de la predicación”. Concilium n. 33, págs. 375-76.

⁷⁵ K. RAHNER: Ibid. pág. 376.

⁷⁶ “Cada cual habla un conglomerado diverso de lenguaje vulgar, lenguaje castizo, lenguaje de un grupo social, lenguaje poético y lenguaje social. Todos estos lenguajes en bloque se hallan en interferencia continua. Cada cual habla y se entiende a sí mismo y a los demás en una comunidad de lenguaje, que muchas veces no tiene nada de homogéneo, sino pluralístico. No hay palabra que tenga significado por sí misma, sino que forma parte de una complicada urdimbre de palabras (sujetas a la modificación de cada hombre en particular), y su sentido solo aparece dentro de esa urdimbre ...” (Karl Rahner: Ibid. págs. 377-378).

La traducción es necesaria; pero traducción que no se puede dejar al arbitrio de cada quien. ¿Cuáles serán, pues, esos principios formales que permitirían traducir a lenguaje corriente e inteligible el “lenguaje de la Escritura y de la Tradición”?

Una “traducción” insuficiente, aunque erudita y hasta científica, puede servir más para confusión y desconcierto que para una “adecuada” exposición de la doctrina.

Recuérdese, por ejemplo, el debate tan vivo que ha suscitado el libro del Obispo anglicano John A. T. Robinson: “Honest to God”, escrito con esta intención⁷⁷.

Para este diálogo se precisa una formación especial y seria. Sería conveniente que las Universidades Católicas y Facultades de Teología tomen a su cargo la tarea, tanto de formar adecuadamente para este diálogo como para formar los organismos especializados en el mismo.

2. Testimonio de vida

“A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, renovándose y purificándose incesantemente a impulsos del Espíritu Santo” (GS, 21)⁷⁸.

¿No sería el caso de hacer un serio examen de conciencia eclesial sobre los puntos de la necesaria renovación en nuestros propios países, para que renovados, poder hacer presentes a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo?

“Este se obtiene —nos dice el Concilio— en primer lugar con el testimonio de una fe viva y madura, educada precisamente para poder percibir con lucidez las dificultades y para poderlas superar”... “fe que debe manifestar su fecundidad, penetrando toda

⁷⁷ Acerca de ese libro y su exposición. Schillebeeckx: “*Dieu et l’homme*” cap. IV: “Vivre dans le mode” págs 79-186. Ed. Du CEP, Vruelles. JAURDAIN BISHOP: “Les theologiens de la mort de Dieu”, Cap. IV “John A. Robinson, un melange indigeste”. Ed. du Cerf, págs. 59-83. J. THOMAS: “*Lecons missionnaires du dialogue avec l’honnete docteur Robinson*”. Parole et Mission, n. 27, Octubre 1964, págs. 622-32

⁷⁸ JUAN B. METZ: “*Iglesia para increyentes*”, II, Ibid., págs. 70-74.



la vida de los creyentes, aún la profana, e impulsándolos hacia la justicia y el amor, especial mente con los necesitados"... "Lo que más ayuda a hacer patente la presencia de Dios en el mundo es la caridad fraterna de los fieles, quienes unánimes en el Espíritu, colaboran con la fe del Evangelio y se alzan como signo de unidad" (GS, 21).

Fe viva, madura, lúcida; pero fe práctica que penetre toda la vida; fe que se traduce en la justicia y la caridad con los demás, especialmente los más necesitados; caridad fraterna que sea como un signo de unidad.

¿No estamos todavía bastante lejos de este programa de Concilio?

¿Podemos nosotros católicos latinoamericanos presentarnos, unánimes en el Espíritu, como signo de unidad?

Finalmente es menester hacer comprender a los hombres, que sólo a la luz del misterio del Verbo encarnado, de la muerte y resurrección de Cristo, puede ser iluminado el misterio del dolor y de la muerte. Que el hombre no se aliena, sino encuentra su plenitud en Dios, y que "la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio" (GS, 21); que el humanismo sin Dios es humanismo inhumano; que "no hay más que un humanismo verdadero que se abre al Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo sino superándose: según la acertada expresión de Pascal: "el hombre supera infinitamente al hombre" (PP, 42)⁷⁹.

⁷⁹ "No es verdad que el hombre, aunque parezca decirlo muchas veces, no pueda organizar la tierra sin Dios. Lo cierto es que sin Dios no puede, en fin de cuentas, sino organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. Por lo demás, la fe en Dios, esta fe que nos inculca el cristianismo, es una trascendencia siempre presente y siempre exigente, no tiene por finalidad el instalarnos cómodamente en nuestra existencia terrestre para adormecernos en ella, aunque sería muy febril nuestro sueño". Los cristianos saben "que el destino del hombre, que es eterno, no encontrará aquí abajo la paz. La tierra que sin Dios no dejará de ser un caos, para convertirse además en una prisión, es, en realidad, el campo magnífico y doloroso donde se elabora nuestro ser eterno. Así, la fe en Dios que nada podrá arrancar del corazón del hombre, es la única llama donde se alimenta -humana y divina nuestra esperanza". HENRI DE LUBAC: "El drama del humanismo ateo", págs. 11 y 12 (Epesa, Madrid, 1967, 2ª Ed.).

Porque la Iglesia tiene conciencia de que su mensaje corresponde a las aspiraciones más profundas del hombre, afirma la dignidad de la vocación del hombre y le devuelve la esperanza de su más alto destino (GS, 21).

“Su mensaje lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para su perfeccionamiento y fuera de él nada puede llenar el corazón del hombre: “Nos hiciste, Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti” (S. Agustín) (GS, 21).

Para todos los que hemos vivido de la presencia de Dios, a quien adoramos, amamos y en quien confiamos, esta tranquila ausencia de Dios, es un fenómeno desconcertante. Y, para nosotros pastores de almas qué difícil es establecer una pastoral válida.

Desconcertante en verdad es este Prometeo moderno. El Antiguo mito nos conmovía por la fuerza de su tragedia: irreductible en lo alto del monte, con un cuervo devorándole incabablemente las entrañas, maldiciendo de la divinidad que lo tiene encadenado por haber robado el fuego de los dioses.

Hoy el Prometeo moderno se nos presenta, en pantuflas, sentado cómodamente en un sillón, mirando los últimos sucesos por la televisión. Está tranquilo y en paz con su conciencia; el haber arrancado el fuego al cielo es lo mejor que ha podido hacer.

¿Cómo entablar un diálogo de salvación con esta tranquila indiferencia de todo lo divino?

Por nuestra parte, para hacernos asequibles, no podemos vaciar a Dios, convertir al Dios vivo en una palabra que solo recubre la propia dimensión humana, su profundidad, lo serio de la vida y la generosidad del amor. Este fue el trágico equívoco del honesto doctor Robinson⁸⁰. Es menester asentar la doble afirmación de Dios y del hombre, con toda su realidad y plena consistencia.

⁸⁰ J. H. NICOLAS: “*Je crois en Dieu*” - “*La vie spirituelle*”, n. 548, Abril 1968, pág. 423. Para una síntesis de los “Teólogos de la muerte de Dios” y de los “Ateos cristianos”. Cf, I, C. I, n. 301, Diciembre 1961. C1, Igualmente: A. ALVAREZ BOLADO: “La teología americana de la muerte de Dios” en “Dios Ateísmo”, Mensajero, Bilbao, 1968. JORDAIN BISHOP: “Les theologiens de la mort de Dieu”, Ed. du Cerf, Paris.



La bella y profunda frase de Berule: el hombre es una nada capaz de Dios (“Un neant capable de Dieu”) no sería comprendida por el ateo y acaso lo irritaría, ya que para él, el hombre y su quehacer lo es todo.

Tampoco podemos pensar que el incrédulo haya perdido, a causa de su modo experimental y científico, el sentido de la contemplación. En la naturaleza, se ha oscurecido para él la imagen de Dios. Fuera del placer estético, poco sentido tiene para él la estrofa del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz:

“Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura y, yéndolos mirando,
con sólo su figura
vestidos los dejó de su hermosura”⁸¹,

Son apenas “fábulas poéticas o edificantes” que le revelan menos belleza que la realidad misma del mundo⁸²

Esa inquietud dolorosa de la ausencia de Dios; esa noche oscura de los místicos, o el dolor de la ausencia de Dios de un Francis Tompson, o de un Verlaine, en su misma miseria y alcoholismo :

“O man Dieu, vous m’avez blessé d’amour
Et la blessure est encore vivante
O man Dieu, vous m’avez blessé d’amour”
(Sagasse)⁸³

⁸¹ SAN JUAN DE LA CRUZ: “*Cántico Espiritual*” (Vida y Obras de San Juan de la Cruz), págs. 67-68, Madrid, 21 Ed., pág. 904.

⁸² MARCEL G. J. MINNAERT: “*L’Opinione di un ateo*”, en “Dibattito sull’ateismo”, págs. 67-68, Queriniana, Brescia. “Estoy convencido de que una visión satisfactoria del universo y del hombre se puede obtener solamente en base a la verdad, *la verdad científica* ... Las fábulas poéticas o edificantes terminan siempre por revelar menos belleza y una satisfacción menos íntima que la verdad... Para probar la impresión de una noche estrellada, no se necesita recurrir a Dios. La amplitud inmensa del universo, la unidad de las leyes naturales que dominan el universo, en las más lejanas distancias, la casi ‘tangible’ evolución por la que, en el curso de esas interminablemente largas, la materia y la irradiación fluyen una en la otra y aparecen en formas casi siempre nuevas, todo eso es inmensamente más grande, de cuanto la religión se lo haya pueril mente imaginado”.

⁸³ PAUL VERLAINE: “*Choix de Poésies*”, Paris, Bibliotheque - Carpen tier, pág. 129.

parece adormecida, o conscientemente rechazada en no pocos ateos modernos⁸⁴.

Debemos, por tanto, tener conciencia de la realidad del pensar y sentir de los incrédulos, al entablar el diálogo, para no transferir en ellos nuestro propio modo de pensar y de sentir.

No debemos pensar que su incredulidad sea motivada por un obstáculo moral, principalmente el orgullo, que le impide creer, pues rechaza la humildad y obediencia de la fe⁸⁵. El ateo de hoy no cultiva el titánico orgullo de Prometeo; solamente tiene una tranquila conciencia de su autosuficiencia. Para él, la negación de Dios tiene el sentido de una afirmación de valor, “la afirmación, serena o trágica, del hombre y su universo ‘recuperado’ de su alienación”⁸⁶

Otro peligro es pensarlo y tenerlo como un creyente sin saberlo, un “cristiano anónimo”. Porque se piensa que, si todo el hombre y su historia está bajo la moción de la gracia redentora de Jesucristo, el quehacer humano del ateo, su esfuerzo por un mundo mejor y más fraterno persiguen, ignorándolo, el mismo plan de Dios, y, con sus realizaciones técnicas, coopera a este plan y cumple la voluntad divina⁸⁷.

Al transponer una reflexión teológica —en gran parte legítima— aunque no exenta de ambigüedad, de un plano doctrinal a un plano psicológico, podemos cometer varias equivocaciones en el campo pastoral: 1) Suponer en nuestro incrédulo actitudes que en realidad no tiene. Y nuestra propia actitud puede suscitar en él, cuando no la rebeldía o el rechazo, una cortés sorpresa ante la noticia de ser cristiano sin saberlo.

⁸⁴ W. HAMILTON: “*Morte di Dio e Ateismo nel pensiero religioso americano*” en “*Dibattito sull'ateismo*”, págs. 86-87. “La cristiandad clásica, durante parte de su historia, ha pensado que, aunque el hombre puede resolver muchos problemas de la vida, hay un sector en el cual es impotente, y por tanto reservado a Dios. En este sentido la expectación de Dios podía decirse era común a todos. Nuestro corazón está inquieto, decía San Agustín, hasta que descansa en Dios. Hoy debemos decir, algunos corazones están inquietos, otros no. Los hombres pueden no tener necesidad de Dios, como no tienen necesidad de un personal y estructural lealismo”.

⁸⁵ J. MANSIR: “*Celui qui croyait au ciel et celui qui n'y croyait pas*”, *Vie Spirituelle*, n. 548, Abril 1968, págs. 447-48.

⁸⁶ J. MANSIR: *Ibid.*, pág. 446.

⁸⁷ J. MANSIR: *Ibid.*, pág. 448.



Otra equivocación sería, a consecuencia de ese presupuesto, asumir una actitud irénica y no proponer nuestra fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, en toda su plenitud y con todas sus exigencias.

La tercera, que puede secar en nosotros toda iniciativa, es pensar que, como Dios tiene voluntad salvífica universal, dará a nuestro ateo la gracia para que pueda salvarse al margen de la fe y por el cumplimiento de su tarea y que hacer humano.

No podemos, ciertamente, penetrar en los designios de Dios, ni escrutar su libertad total para distribuir su gracia. Pero además de que Dios puede condicionar su gracia a la oferta de la Iglesia, por medio de nosotros⁸⁸; y es cierto que, quienes sin culpa propia, ignoran a Dios y llevan, no sin la gracia de Dios una vida recta, El no les niega los auxilios para su salvación (LG, 16); es igualmente cierto que todos los hombres, en lo referente a Dios, están obligados a buscar la verdad (DH, 1). La salvación o juicio es el dilema trágico de la Palabra de Dios que nos interpela.

Por tanto, aquel que pudo conocer a Dios y rechaza su conocimiento, tiene la posibilidad de hacer eterno su rechazo.

Además, es y será siempre verdad, que la Iglesia es la única institución de salvación que Dios ha dado a los hombres y por tanto nuestro deber es, en la medida de nuestras fuerzas, hacerla asequible a todos⁸⁹. No podemos dormir en paz, tranquilizando nuestras conciencias con el “cristianismo anónimo” de nuestros hermanos los ateos⁹⁰.

¿Qué criterios, pues, podrían establecerse para una pastoral para incrédulos? En este terreno tan complejo, en una tarea tan nueva, no me siento capaz de dar ningún criterio positivo. Ojalá saliera alguno o algunas de las discusiones de la comisión. Solo me atrevo a sugerir uno negativo: quitar todo lo que en nuestras vidas y nuestras mismas instituciones pueda alejar de Dios. Que nuestras vidas y obras sean límpidas, que no velen sino revelen la faz de Cristo y el amor del Padre; que nuestra confesión de fe sea siempre plena, ardiente, caritativa.

⁸⁸ K. RAHNER: *“Mission et Grace”* (Manne 1962), pág. 221 y ss.

⁸⁹ *Lumen Gentium*, 14.

⁹⁰ H. HOLTEIN: *“Ensayo de juicio teológico sobre la falta de fe”* en “La incredulidad y sus problemas” (Herder, 1968), pág. 103 y ss.

Vivir un amor sincero e indefectible a nuestra madre la Iglesia, y en ese amor trabajar para que no se le pueda acusar nunca de ser “la tumba de Dios”⁹¹, sino espejo donde se refracta la luz del Señor.

AGENDA BIBLIOGRÁFICA

DANIELOU, J.: “Christianisme et religions non chretiens”, especialmente el III: “Consequences pastorales”, págs. 74-79, en “Theologie d'aujourd'hui et de demain, Ed. du Cerf, Paris, 1967.

DE LUBAC, HENRI: “Une double tache proposée au theologien par ‘Gaudium et Spes’, en ‘Theologie d'aujourd'hui et de demain’, pág. 11-64.’ Ed. du Cerf, París, 1967.

FRIES, H.: “La Iglesia en Diálogo y Encuentro”. Ediciones Sígueme, Salamanca. Ya escrita esta ponencia llegó a mis manos esta obra de Fries, en su traducción española. En su capítulo 89, págs. 213-240, “El mensaje de Cristo en un mundo sin Dios”, hay además de una atinada y sólida crítica a los planteamientos de Bonhoeffer, sugerencias pastorales muy útiles. Igualmente, en el capítulo 99, “Teología de la conversión”, hay sugerencias muy atinadas para la pastoral con los ateos.

NEWBIGIN, LESSLIE: “Une religion pour un monde seculier”, (Casterman).

SCHILLEBEECKX: “Approches theologiques” (3). “Le monde et l'Eglise”, cap. III, 1: “L'experience douloureuse d'un Dieu caché”, Págs. 139-149, Ed. du Cep., Bruxelles,

VON BALTHASAR, URS: “El problema de Dios en el hombre actual”, Ediciones Guadarrama.

⁹¹ R. ADOLFS: “La tumba de Dios” (Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1967), Libro que plantea cuestiones sumamente graves de modo superficial. Las soluciones pecan de apresuramiento, generalizaciones y simplificaciones excesivas, especialmente históricas, y gran ligereza en los planteamientos teológicos. No le faltan, sin embargo, verdades dignas de reflexión aun cuando estén mezclada a muchas medias verdades. Sin embargo, su lectura nos puede ser útil y estimulante para un verdadero “aggiornamento” hecho en la fidelidad y el amor a nuestra Madre.